EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

1869. — TOMO XXXIII. AÑO 28. — Nº 853.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

SUMARIO

El príncipe Federico Cárlos; grabado. — **Estudios biográficos.** — **Estudios históricos.** — **La Exposicion de Bellas Artes de 1869**; grabados. — **La aurora boreal del 15 de abril de 1869**; grabado. — **Revista de Paris.** — **Posías.** — **El Juego.** — **El Japon**; grabados. — **El falso Profeta.** — **La Conserjería y el Depósito de la Prefectura de policía**; grabados. — **Banquete ofrecido por M. Cail á los delegados de sus talleres**; grabado. — **Manuela.** — **Las carreras del bosque de Boulogne**; grabado.

El príncipe Federico Cárlos.

El principe Federico Cárlos Alejandro de Prusia, cuyo retrato publicamos en esta página, es el tercer hijo del rey Federico Guillermo III, y por consiguiente es hermano de Federico Guillermo IV y de Guillermo I, actualmente reinante. Nació el 29 de junio de 1801, y está casado con la princesa María Luisa Alejandrina de Sajonia Weimar, hermana de la actual reina de Prusia. El príncipe Cárlos ocupa en la córte de Berlin una posicion considerable. Militar y hombre de Estado, ejerce á menudo una alta influencia en las cosas del gobierno, y se le considera como uno de los herederos de las tradiciones á las que debe la Prusia su grandeza. El príncipe Cárlos es gran maestre de la órden de San Juan de Jerusalen, feldzengmester general y jefe de la artillería, comandante del 2º regimiento de granaderos de Brandeburgo, que lleva su nombre, etc.

Su Alteza Real ha pasado con la princesa y toda su córte el invierno en Niza, y á su regreso de esta ciudad, á la que acuden tantas notabilidades en busca del sol y la vegetacion de Italia, ha visitado Paris, cuyas bellezas habia admirado ya cuando la Exposicion universal de 1867. La acogida que han recibido en la córte del emperador ha sido muy cordial. El príncipe y la princesa han asistido al último baile de la emperatriz, que ha dado tambien varios paseos en carruaje con la cuñada del rey Guillermo. SS. AA. se han mostrado bastante á menudo en los teatros de Paris, y siempre tuvieron á su disposicion el palco imperial. Seguramente, el emperador y la emperatriz han prodigado á SS. AA. RR. las mas delicadas atenciones, con cuya vista nadie podria sospechar el menor antagonismo entre Francia y Prusia.

De Paris, el príncipe Cárlos se ha trasladado directamente á Berlin, donde permanecerá hasta que llegue la estacion de las aguas termales. P. P.

Estudios biográficos.

FENELON.

Aunque Fenelon ha escrito mucho, parece que nunca apeteció la gloria de autor: todas sus obras fueron inspiradas por los deberes de su estado, por sus desgracias ó por la patria. La mayor parte salieron sin saberlo él y no fueron conocidas hasta despues de su muerte. Se han conservado algunos sermones, primeros ensayos de su juventud. Su composicion no es robusta y esmerada como la de las obras maestras de los grandes oradores sagrados, pero reina en ellas un entusiasmo por la religion y la virtud que las hace amar, una imaginacion viva y una elegancia natural, armoniosa y poética. Son unos brillantes dibujos delineados por un númen feliz y sin estudio. Sin embargo, Fenelon habia pensado mucho sobre la oratoria y la elocuencia sagrada, cuyos estudios se hallan consignados en tres diálogos á modo de los de Platon, llenos de raciocinios sacados de este filósofo. Su estilo es sencillo, agradable, variado, elocuente y lleno de esa jovialidad delicada con que sabian los antiguos templar la severidad didáctica. Esta produccion pertenece á la juventud de Fenelon, y en ella se echa de ver aquel gusto exquisito de sencillez, aquel amor á lo bello sencillo que forma el carácter inimitable de sus escritos.

La carta sobre la elocuencia, escrita á últimos de su vida, encierra la misma doctrina, aplicada con mas extension, adornada con mayor desarrollo de ideas, y enunciada con esa autoridad suave y persuasiva de un hombre de talento ya anciano, que disputa poco, que recuerda mucho y que juzga; ninguna lectura tan corta presenta un conjunto mas feliz de recuerdos y ejemplos. Fenelon los cita con la elocuencia porque salen mas bien de su alma que de su memoria, y se ve el grande estudio que habia hecho de los antiguos. Mas entre tantas bellezas insiste en las mas suaves, mas naturales, mas sencillas, y entonces habla con una gracia inimitable.

La carta á la academia, los diálogos sobre la elocuencia, algunas cartas á Lamothe sobre Homero y sobre los antiguos, bastarian para colocar á Fenelon entre los primeros críticos, y sirven para explicar la sencillez original de sus propios escritos, y la composicion tan antigua y moderna á la vez del *Telémaco*. Enamorado Fenelon de las bellezas de Virgilio y de Horacio, busca en ellas ante todo esos rasgos de una verdad cándida y apasionada, que segun él, brilla mas en Homero, á que llama él mismo *la amable sencillez del mundo naciente*. Los griegos le parecian hallarse mas cercanos á esta primera época, y por eso los estudia é imita con

El príncipe Federico Cárlos de Prusia.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

preferencia; Homero, Jenofonte y Platon le inspiraron el *Telémaco*.

Considerando al *Telémaco* como una inspiracion de las musas griegas, parece que Fenelon recibe de ellas una fuerza que no le era natural. En las salvajes imprecaciones de Filoctétes se halla conservada toda la vehemencia de Sófocles. El armor arde en el corazon de Eúcaris como en los versos de Teócrito.

Aunque el *Telémaco* haya sido segado, permítasenos la comparacion, en el campo de la antigüedad, queda al autor alguna gloria de invencion, sin contar la imitacion de bellezas extranjeras, inimitables antes y despues de Fenelon: nada mas hermoso que el plan del *Telémaco*, y no se encuentra menos grandeza en la idea general, que gusto y destreza en la reunion y en el contraste de los episodios. Los castos y modestos amores de Antiope, introducidos en el final del poema, corrigen de una manera sublime los arrebatos de Calipso, y se haya reproducido dos veces el interés de la pasion, ya bajo la imágen del furor, ya bajo la de la virtud. Mas como el *Telémaco* es sobre todo un libro de moral política, lo que pinta el autor con mas fuerza es la ambicion, esa enfermedad de los reyes que mata á los pueblos; la ambicion grande y generosa de Sesostris, la ambicion prudente de Idomeneo, la ambicion miserable y tiránica de Pigmalion, la ambicion bárbara é impía de Adrasto. Este último carácter, superior al Mezencio de Virgilio, está trazado con una fuerza de imaginacion que deja muy atrás la verdad histórica. Esta invencion de los personajes no es menos admirable que la invencion general del plan. El carácter mas feliz que sobresale en tan rica variedad de retratos, es el del jóven Telémaco: mas desarrollado, mas animado que el de la Odisea, reune cuanto puede sorprender, interesar é instruir, se encuentra en la edad de las pasiones y camina bajo la salvaguardia de la sabiduría, que le deja errar algunas veces, porque las faltas instruyen al hombre; y reune al orgullo de un rey, los arrebatos del heroismo y el candor de la juventud. Esta mezcla de orgullo y candidez, de fuerza y sumision, forma tal vez el carácter mas interesante y amable que haya inventado la musa épica; y un gran maestro en el arte de pintar y conmover, Rousseau, sentia sin duda ese encanto prodigioso cuando quiso suponer que Telémaco seria á los ojos de la inocencia, el modelo ideal digno de un primer amor.

Algunos críticos han repetido mil veces que el héroe de un poema ó de una tragedia, no debe ser perfecto. Ha admirado el interés de las faltas de las pasiones en el Aquiles de Homero, en el Reinaldo del Taso, mas no han previsto en el interés no menos nuevo y moral que presentaria un carácter que, sujeto á todas las flaquezas humanas, pareciese desprenderse de ellas insensiblemente y desarrollarse perfeccionándose. Se critica en Grandisson la uniformidad de la prudencia y de la virtud, la monotonía de la perfeccion. El carácter del Telémaco ofrece el atractivo de la virtud y las vicisitudes de la flaqueza, y aunque tiende á la perfeccion, por esto no está dotado de menos movimiento. Se anima y se perfecciona á la vez, y produce un interés agitado como el que inspira la lucha de las pasiones, y grato como el triunfo de la virtud. No hay duda que Fenelon al dar esta forma al carácter principal, buscaba ante todo la instruccion de su discípulo; mas al mismo tiempo creaba una de las concepciones mas interesantes y mas nuevas de la epopeya. Para acabar de comprender la parte de invencion que pertenece al autor moderno en el *Telémaco*, tesoro de riquezas antiguas, seria necesario comparar el Infierno y el Elíseo de Fenelon con los mismos cuadros trazados por Homero y Virgilio.

Por grande que sea la sublimidad del silencio de Ayaz, y por perfecto y grandioso que sea el libro VI de la Eneida, se hace sentir todo lo que Fenelon ha creado de nuevo. La mayor de esas bellezas desconocidas á la antigüedad, es la invencion del dolor ó del placer puramente espirituales, sustituidos á la pintura débil ó extraña de los males ó de las felicidades físicas. Aquí es donde Fenelon se muestra mas sublime y echa mano con mas gusto y saber que el Dante de los grandes y nuevos resortes del cristianismo. Nada mas filosófico y terrible que los tormentos morales que pone en el corazon de los reos, y al explicar estos dolores que ninguna lengua humana puede expresar, su estilo adquiere un grado de energía cual no podia esperarse de él, y que no se encuentra en ningun otro. Mas cuando desembarazado de estas horribles pinturas, puede reposar su imaginacion en la morada de los justos, déjanse percibir unos sonidos que ninguna voz humana ha podido igualar.

Estas ideas son enteramente desconocidas al númen antiguo: es el éxtasis del amor cristiano; es una religion toda caridad interpretada por el alma suave y tierna de Fenelon; es el *puro amor* dado por recompensa á los justos en el Elíseo mitológico. Así cuando en nuestros dias un escritor de mucho talento ha querido trazar el paraiso cristiano, ha debido conocer que habia sido precedido por el anacronismo de Fenelon. El Elíseo de Fenelon es una de las creaciones del númen moderno; en ninguna parte aparece mas flexible y melodiosa la lengua moderna. El estilo del *Telémaco* ha sido muy criticado, dando Voltaire el ejemplo, bien que con gusto. No hay duda de que esta diccion tan natural, tan dulcemente animada, tan enérgica y atrevida á veces, está barajada con pormenores débiles y lánguidos, mas estos desaparecen con el tejido fuerte y delicado del estilo. El interés del poema conduce al lector, y sus grandes bellezas le reaniman y arrebatan. En cuanto á los que se enojan por algunas palabras repetidas, por algunas construcciones descuidadas, sepan que la belleza del lenguaje no consiste en una correccion severa y calculada, sino en la eleccion de palabras sencillas, felices, expresivas; en una armonía libre y variada que acompaña el estilo y le sostiene como el acento sostiene la voz, en fin, en un calor suave, que viene á ser el alma y la vida del discurso. De todo eso se compone la diccion del *Telémaco*, todo lo cual, reunido á la belleza del plan, forma una de las obras mas originales de la literatura moderna.

Las *Aventuras de Aristonoo* respiran ese embeleso que sabe enaltecer, que solo ha sido concedido á algunos hombres; y se adivina al autor del *Telémaco* en este corto fragmento, como se reconoce á Montesquieu en los diálogos de *Sila y Eucrates*. Solo es dado á los talentos superiores encerrar todo su númen en un cuadro tan estrecho.

Despues del *Telémaco*, la obra de mas nota de Fenelon es el *Tratado de la existencia de Dios*: no se encuentra en él, es cierto, la profundidad y la lógica de Clarke; Fenelon se vale del argumento de las causas finales, como mas favorable á la imaginacion descriptiva; derrama tesoros de elegancia, pinta á la naturaleza, é iguala sus riquezas y sus colores con la brillantez de su estilo, rebosando á menudo en aquellos sentimientos tiernos y apasionados, lenguaje natural de su corazon. En algunas partes de la obra, despliega esa lógica luminosa y exacta de que dió tantos ejemplos en sus debates con Bossuet, y que se encuentra tambien en mas alto grado y desnuda de adornos en las cartas sobre la religion, modelo de una discusion sincera y convincente: en fin, como el estilo, segun la expresion de un antiguo, es la fisonomía del alma, todas las obras de Fenelon, marcadas con este precioso sello, son dignas de ser leidas. Su estilo tiene siempre un aire de sencillez, de gracia y suavidad que encanta, sea en los arranques apasionados, sea en el lenguaje elocuentemente místico de sus conversaciones afectuosas, sea en la gravedad de sus consejos para la conciencia de un rey, sea en fin en la prodigiosa fecundidad, en la sutileza, en la noble elegancia de su teología polémica. Ese estilo no es el de un hombre que quiere escribir, sino el de un hombre poseido de la verdad, que la expresa como la siente en el fondo de su alma. Y aunque en nuestro siglo se admire mas una composicion esmerada, cuyo trabajo sea mas visible, en que las frases hechas con mas esfuezo, parezcan encerrar mas pensamientos, aunque la diccion correcta, sábia, enérgica de Rousseau sea para muchos el modelo mas perfecto, séanos lícito creer sin embargo que el estilo de Fenelon, que es el que mas se acerca á la índole de la lengua francesa, supone un númen mas raro y mas feliz.

M. DE F.

Estudios históricos.

LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA FUNDACION DEL IMPERIO DE RUSIA.

Antes de tratar del objeto que nos proponemos en este artículo, conviene decir algunas palabras de aquellos eslavos que en tiempo de Estrabon, penetraron hasta las fuentes del Tanais y del Boristénes, donde se establecieron. Era este un pueblo guerrero, temido de los romanos, á quienes atacaban á menudo en el Danubio y en las cordilleras de los Carpatos. Apoderáronse de la Mesia (Servia), en el año 68 de nuestra era; y en 166 guerrearon contra los marcomanos, penetraron en Bohemia, y llegaron hasta las orillas del Rhin. En 270, les vemos entre el número de los pueblos á quienes venció Aurelio.

Los eslavos eran, como se echa de ver, guerreros emprendedores, y se añade además que eran crueles y amantes del pillaje. Pero estas prendas y estos vicios, inherentes á los pueblos bárbaros, no impedian que ejerciesen, durante la paz, la mas afectuosa hospitalidad. El hombre harto pobre para tratar á su huésped como debia, tenia entre ellos el *derecho* de robar á sus ricos vecinos lo que le faltaba para llenar sus deberes para con el extranjero que recibia en su cabaña. Permitíase la poligamia, y el estado de las mujeres era una verdadera esclavitud. La viuda, casi lo mismo que en la India, estaba condenada á seguir á su esposo en la tumba, para servirle en el otro mundo; suerte que sufrian tambien los esclavos. Se conservaban todos los niños varones, para reparar las pérdidas de una poblacion casi siempre en guerra; pero solo se conservaba el número de las niñas que creian necesitar; el exceso nacia para morir al momento: y, lo que puja sobre todos los excesos de la barbarie, los hijos abandonaban á sus padres en su vejez y les dejaban morir de hambre.

Apenas se puede concebir cómo las artes que cultivaban los eslavos, y que labran las delicias de los pueblos civilizados, no suavizaron estas costumbres feroces.

En el siglo sexto, algunos Wenedes del Norte, nacion eslava muy numerosa, tuvieron ocasion de hablar al emperador de Constantinopla de su aficion á la música.

— Es nuestro mayor placer, dijeron á este monarca: cuando viajamos, traemos rara vez nuestras armas, pero si nuestras arpas y nuestros laudes, instrumentos que fabricamos nosotros mismos.

Tenian además otros instrumentos que los eslavos han conservado y cuyos sonidos les gustaban mucho. La guerra no suspendia estas diversiones de la paz; las llevaban por todas partes, y cuando atacaban á sus enemigos, era siempre al ruido de sus cantos de guerra. Procopio refiere que, en 392, un general griego, aprovechándose de esta costumbre de los eslavos, les sorprendió en un ataque nocturno, en medio de sus diversiones predilectas, á las cuales se entregaban con tan poca prevision, que no se encontraron en estado de tomar ninguna medida defensiva. En algunas comarcas de la Alemania y en Dalmacia se cantan todavía algunas canciones eslavonas, que parecen muy antiguas; y algunas coplas rusas, en las que se habla del Danubio y de algunas deidades del paganismo, remontan sin duda hasta la misma época, y son una tradicion del propio orígen. Sus antepasados querian mucho al Danubio, porque hicieron los primeros ensayos de su valor y de sus fuerzas, y cogieron sus primeros laureles en sus orillas. Mientras los wenedes permanecieron pacíficos y no salieron de su pais, sus cantos fueron sin duda análogos á su situacion; pero cuando se hicieron conquistadores, cuando penetraron en la Dacia y pelearon con los romanos, tuvieron sus poetas que celebraron sus hazañas, y debieron de tomar sus cantos un carácter marcial. Tal es entre todos los pueblos el orígen de la poesía, y tales sus desarrollos á medida que la sociedad cambia de estado: primero es la expresion del honor, de la dicha; mas tarde enardece ya el valor de los guerreros.

En su orígen, las naciones eslavas no fueron mas que familias, cada una de las cuales estaba sujeta á su jefe y no reconocia otra autoridad. Estas familias se reunian de vez en cuando para arreglar los negocios comunes; y aun se añade que los lugares de reunion, antes del cristianismo, eran probablemente los templos de los dioses paganos; pero ¿cómo y quién hubiera construido estos grandes edificios en una época en que no se habian establecido aun cuerpos políticos, y cuando no existian mas que familias aisladas? Sea lo que fuere, lo cierto es que esta feliz independencia fué de corta duracion; que las frecuentes guerras establecieron insensiblemente la autoridad de los jefes militares, á los cuales se tomó al principio por árbitros, y bien pronto se constituyeron jueces, sin ser elegidos por las partes. Debió de suceder tambien algunas veces que el hijo de un héroe, formado por su padre, se manifestase digno de sucederle; insensiblemente dejaria de exigirse esta condicion, y se estableceria por fin el poder hereditario. M. Karamsin entra, acerca de esto, en curiosos pormenores.

«Los hombres revestidos de poder entre los eslavos tomaban uno de los títulos siguientes: *boyardo*, *voyvodo*, *kniaz*, *pan*, *jupan*, *karol* ó *krol*, etc. Los dos primeros tienen evidentemente un orígen comun, pues se derivan uno y otro de la palabra *voyé*, combate, y se dieron sin duda á ilustres guerreros, antes que indicaran un magistrado, un comandante. Los anales bizantinos hablan de los *boyardos* que ejercian el poder supremo en la Bulgaria, pais ocupado por los eslavos. La palabra *voyvodo* no designó al principio sino un jefe militar; pero como en las naciones guerreras, no cesaba ni aun en la paz la autoridad de estos caudillos, su título equivalia al de gobernador, con cuya significacion se ha conservado en Bohemia y entre los wenedes de la Sajonia. La palabra *kniaz* deriva probablemente de *kon* (caballo), y podria traducirse por *caballero*; pero algunos eruditos prefieren hacerla derivar de mas lejos, y sostienen que viene del nombre tártaro *kagan*. Hoy dia todos los señores rusos que tienen el título de *kniaz* lo traducen por el de *príncipe*. Podria impugnarse muy fácilmente la exactitud de esta interpretacion tan favorable al amor propio. Los eslavos apreciaban el valor de las propiedades territoriales por el número de caballos que alimentaban: en *Pomerania* (provincia marítima), era considerado rico, *hidalgo*, todo propietario de treinta caballos, y bastaba poseer uno para ser un *kgnaz*. En la Croacia y en la Servia, el hermano del soberano se contentaba con el modesto título de *kgnaz*, del mismo modo que toma en Francia el de *monsieur*. En la Lusacia se da este título honorífico, entre personas bien educadas, á todo dueño de casa, y se califica á su esposa de *kgnagaina*. Segun Constantino Porfirogénetes, los antiguos croacios daban el título de *pan* á todo gobernador de tres distritos, presidente nato de las asambleas populares ó dietas. Hasta el siglo XIII, se concedió en Bohemia el título de *pan* á todo propietario rico, y en Hungría designaba esta misma palabra una dignidad mas elevada. En las provincias eslavonas habia ciertos distritos llamados *jupan tva*, y sus gobernadores *jupan*. La palabra *jupa* significaba en antiguo eslavon *aldea*. En Austria y en la alta Sajonia, los paisanos dan todavía el título de *jupan* á los jueces de los tribunales; mas esta dignidad ha decaido hoy dia: durante la edad media en que estuvo en todo su esplendor, el título de *jupan* era preferible al de *kgnaz*. En algunas poblaciones de Lusacia y del Brandeburgo, los paisanos han conservado el uso de elegir un rey de entre ellos, y pagarle el tributo que recibian los *jupanes* de sus antepasados. En fin, en la Servia, la Dalmacia y la Bohemia, tomaron en otro tiempo los soberanos el título de *karalis* ó *kralis*, denominacion que derivan ciertos sabios del nombre eslavon *kara*, castigo.»

Todas estas dignidades fueron electivas en su orígen, y si el pueblo perdió sus derechos, fué por actos de violencia contra los cuales no cesó nunca de protestar. En algunos paises los conservó por mucho tiempo. La eleccion de un voyvodo de Carintia iba acompañada de un

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ceremonial notable. Comparecia el electo ante el pueblo, cubierto de vestidos mezquinos: un labrador, sentado sobre una gran piedra que servia de trono, estaba encargado de recibir su juramento en nombre de la nacion; juraba defender la religion y la justicia, proteger las viudas y los huérfanos, y entonces descendia del trono el labrador, subia á él el nuevo duque, y los asistentes le prestaban el juramento de fidelidad.

Pasemos ahora á la historia de la Rusia, cuya primera fecha cierta es la del establecimiento de la primera grande dinastía, en el siglo nono.

En la época de que hablamos, se contaban en Rusia algunas grandes ciudades independientes y gobernadas por sus magistrados; tales fueron principalmente Novogorod y Kiew, cuya posteridad se sostuvo durante muchos siglos. «¿Quién resistirá á Dios y á la gran Novogorod?» decia entonces un proverbio que la tradicion ha conservado. Pero la forma harto democrática del gobierno de esta ciudad tan poderosa fué la causa de su ruina. Entregada á la anarquía, no se encontró en estado de rechazar los ataques exteriores, y saqueáronla los piratas escandinavos. En fin, demasiado débil la república para sostenerse mucho tiempo con sus propias fuerzas, sintió la necesidad de llamar á los extranjeros en su auxilio, y sufrió su yugo. Rurico, jefe escandinavo, fué el primer soberano de Novogorod: se ignora si se sentó en el trono por los votos de los ciudadanos, ó si lo conquistó. Tampoco los antiguos bretones fueron mas prudentes que los de Novogorod, cuando llamaron á los sajones para defenderles de los pictos: los aliados del desvalido se convierten pronto en señores. En 862, mientras que Rurico consolidaba su poder sobre los restos de una república, uno de sus hermanos llamado Sineo, se creaba tambien una pequeña soberanía al rededor del lago Blanco (*Bielo ozero*), y Tuvar, su tercer hermano, se apoderaba de Izborsk. No vivieron estos dos monarcas mucho tiempo, y habiendo recogido Rurico su herencia, extendió su poder por todo el Norte de la Rusia.

Pero, ¿de dónde venian estos audaces extranjeros? Segun toda verosimilitud, eran del número de aquellos piratas escandinavos llamados *Varages* en la crónica rusa de Nestor, y *Baraggoi* en los anales bizantinos. Se reconoce en este nombre la palabra *væringar*, que, en las lenguas del Norte, significa *hombre de espada, guerrero*. Eran los turbulentos noruegos, que arrojados de su patria por Haroldo Harfager, y reducidos á buscar fortuna en otras partes, se derramaron por la Islandia, las islas británicas y la Francia, siendo los mas venturosos los que se dirigieron sobre Novogorod. Pertenecian sin duda á la gran familia de los godos: en efecto, es fácil observar que el nombre de Rurico y el de Rodrigo, tan comun entre los godos españoles, no son mas que modos poco distintos de pronunciar la misma palabra.

Tampoco tardó Kiew en perder su independencia. Dos jefes escandinavos, descontentos de Rurico, resolvieron ofrecer sus servicios al emperador de Constantinopla, y con el tiempo se apoderaron de aquella ciudad, la segunda de Rusia. Despues de la muerte de Rurico, durante la menor edad de su hijo Igor, el ambicioso Oleg, regente de Novogorod, conquistó á Kiew, incorporó esta hermosa posesion á los Estados de su jóven soberano, y trasladó allí el gobierno. Karamsin le atribuye otras muchas conquistas de que no hacen mencion los anales bizantinos.

Un regente de este carácter no debia estar dispuesto á dejar el cetro en las manos de su real pupilo en la época de su mayor edad; pero la muerte vino á poner término al poder y á los proyectos ambiciosos de Oleg. Los cronistas refieren este acontecimiento con particularidades, á las cuales puede uno dispensarse de dar crédito.

Tenia, dicen, el regente, un caballo favorito, y los adivinos le habian profetizado que este animal seria la causa de la muerte de su dueño luego que dejase de ser su caballería. Habian trascurrido cinco años desde esta prediccion. Un dia pidió Oleg su caballo, y le dijeron que acababa de morir. Era aquella una ocasion muy oportuna para arrancar la máscara á la ignorancia y á la charlatanería de los supuestos adivinos; deseó el regente aprovecharla, quiso ver al animal muerto, y poniendo un pié sobre la cabeza del cadáver:

— ¡Ved ahí, dijo, el objeto de tantos terrores!

Pero una serpiente, oculta bajo la cabeza del animal, mordió el talon del imprudente hablador, y la herida fué mortal. En los *Sagas* de los islandeses, se lee un cuento que parece haber servido de dechado á este.

Igor fué asesinado despues de un reinado glorioso de treinta años, y su viuda Olga tomó las riendas del Estado durante la menor edad de su hijo Sviatoslaf. No temió igualar en perfidia y crueldad á los asesinos de su esposo para vengarle; pero su conversion al cristianismo borró todos esos crímenes políticos. Decidida á renunciar al culto de los falsos dioses, hizo un viaje á Constantinopla, acabó de enterarse de la religion que queria abrazar, y recibió el bautismo.

El emperador Constantino Porfirojenétes fué su padrino. Este grande ejemplo no produjo ningun resultado en la Rusia; pues Sviatoslaf no lo siguió, y el culto de *Peruno de los bigotes de oro*, y de los otros dioses subalternos, continuó siendo la religion dominante. Sin embargo, la iglesia agradecida inscribió el nombre de Olga en el catálogo de los santos.

Sviatoslaf dejó tres hijos, los cuales se repartieron sus estados: Yaropolk obtuvo á Kiew, Oleg fué establecido en el pais de los Drevlianos (Volhinia), y á Vladimiro le cupo el principado de Novogorod. Los dos primeros renovaron las sangrientas animosidades de Eteócles y Polinice, en las cuales sucumbieron entrambos, reuniendo de esta suerte Vladimiro el Grande todos los estados de Sviatoslaf. Algunas guerras felices con sus vecinos aumentaron mas y mas esta vasta herencia.

El piadoso monarca atribuia esta prosperidad á la proteccion de los dioses, y resolvió atestiguarles su reconocimiento. Peruno obtuvo un magnífico par de bigotes; pero esto no era suficiente; estas divinidades exigian una víctima humana. El monarca escogió un jóven escandinavo convertido al cristianismo. El padre de este jóven era tambien cristiano, é inflamado su valor por el amor paternal y el celo de su religion, se fortificó lo mejor que pudo en su casa, y resolvió defenderse en ella con su hijo hasta la muerte. Esta resolucion excitó el furor de los paganos, y la casa fué forzada y perecieron en ella las dos víctimas. Estos mártires fueron los primeros y los últimos que se sacrificaron en Kiew. La fe cristiana hizo rápidos progresos en esta ciudad y en casi todas las provincias de la Rusia.

No se dice lo que debilitó la confianza del gran duque en la proteccion de los dioses del paganismo; lo cierto es que dejó luego de creer en ellos, y se ocupó sériamente de los medios de introducir en sus estados una religion mas razonable. Pero ¿cómo escogerla? Estableciose una triple concurrencia entre los judíos, los cristianos y los musulmanes; y cada religion se disputó con ardor el ilustre neófito, apresurándose á enviar á Kiew sus mas hábiles doctores.

«Los primeros embajadores que llegaron, dice Karamsin, que se apoya en la autoridad de Nestor, fueron los búlgaros del Volga, celosos musulmanes. El islamismo habia invadido las orillas del mar Caspio, remontando el rio, y los búlgaros nuevamente convertidos conservaban todavía todo el fervor de neófitos. Vladimiro era un príncipe voluptuoso, y á ejemplo de Salomon, á quien se le comparaba, tenia cuatro mujeres, y el número de sus concubinas llegaba, segun se dice, hasta ochocientas.

Halagábale pues en gran manera un paraiso poblado de encantadoras huris; pero le desagradaba la circuncision, y en cuanto á la abstinencia de vino:

— *Este licor*, dijo, *hace las delicias de todos los rusos, y no consentiré jamás en proscribirle de mis estados.*

No fueron mas felices los diputados de los católicos de Alemania.

— Volveos á vuestra patria, les dijo el gran duque: nuestros antepasados no han querido jamás recibir una religion de manos de vuestro papa, y yo les imitaré.

Despues de haber escuchado á los judíos, quiso saber dónde estaba la sede de su religion.

— En Jerusalen, respondieron los enviados; mas la ira de Dios nos ha arrojado de allí, y andamos dispersos por toda la tierra.

— ¡Qué, dijo Vladimiro, Dios os ha rechazado y quereis convertirnos! Lejos de esto, nosotros queremos guardar nuestro pais, y no parar en vagabundos como vosotros.

En fin, un doctor griego, despues de haber demostrado en pocas palabras los errores en que se apoyan todas las religiones fundadas por los hombres, expuso los fundamentos del cristianismo, la creacion, el pecado original, los hechos y las doctrinas del Antiguo y del Nuevo Testamento, y terminó su discurso con una enérgica pintura del juicio final. El príncipe quedó conmovido.

— ¡Qué felicidad para los buenos! exclamó: ¡qué horribles suplicios para los malvados! ¿qué debo pues, hacer?

— Haceros bautizar, respondió el misionero, y tendreis parte en la herencia de los cielos.

Fué despedido el sabio doctor, cargado de regalos. Convocó el gran duque una asamblea de boyardos, y despues de haber expuesto sumariamente sus conversaciones con los musulmanes, los judios, los católicos y los griegos, pidió su parecer.

— Príncipe, le respondieron, es natural que cada cual prefiera su religion á todas las demás: la mejor es la que tributa á la divididad el homenaje mas digno de ella. Encargad á algunos hombres de una sabiduría reconocida que vayan á observar estas religiones en los lugares donde se profesan, y que os hagan una fiel relacion de ellas; estareis entonces mejor instruido y mas en estado de elegir.

El príncipe siguió este consejo, y en su consecuencia, envió diez exploradores, dignos de confianza, á la Bulgaria, á Alemania y á Constantinopla. Entre los musulmanes, no vieron mas que templos de ruin aspecto, interminables oraciones y la tristeza pintada en todos los semblantes. Las ceremonias de los católicos alemanes no correspondieron á la idea que se habian formado de los homenajes que deben tributar las criaturas al autor de su existencia. Pasaron últimamente á Constantinopla:

— ¡*Manifiéstesele nuestro Dios en toda su gloria*! dijo el emperador.

Habia pensado y con razon, que unos hombres tan próximos todavía á la barbarie no comprenderian las verdades abstractas, y que era necesario obrar sobre ellos por medio de los sentidos. Condujo él mismo los enviados rusos á la iglesia de Santa Sofía, donde celebraba el patriarca el oficio divino, revestido de sus hábitos pontificales.

La grandeza y magnificencia del edificio, aquel clero tan numeroso, aquellos altares tan adornados, el exquisito olor de los inciensos, la halagüeña música de los coros, todos estos medios reunidos llenaron de pasmo á los rusos, los cuales quedaron convencidos de que el Altísimo habia escogido este templo para su morada, y que se mostraba allí en toda su gloria á las miradas de los mortales. A su vuelta hablaron con menosprecio de los ritos del islamismo, con poca estima de las ceremonias católicas, y con entusiasmo de las de los griegos.

Otra consideracion vino á fortalecer mas y mas en el ánimo de Vladimiro la autoridad de esta relacion. ¿Cómo cabia que Olga, «la mas sábia entre los mortales,» se dijo á sí mismo, hubiese abrazado una religion que no fuese la mejor? Pero era preciso administrarle el bautismo, y el gran duque declaró que no se sujetaria á las ceremonias que se empleaban con los catecúmenos vulgares, y reusó el ministerio de un mero sacerdote, al cual habian confiado esta mision, mas árdua de lo que se imaginaran: necesitaba por lo menos un arzobispo. ¿Pediria esta gracia á los emperadores griegos? (Basilio y Constantino ocupaban entonces el trono.) Lejos de él esta condescendencia: preferia declararles la guerra para *obligarles* á celebrar su bautismo con toda la pompa debida á su dignidad. Empezaron en efecto las hostilidades, y como la suerte seguia favoreciéndole, alcanzó cuanto apetecia. Encargóse al arzobispo Querson de abrirle las puertas de la iglesia, y los emperadores tuvieron que concederle la mano de su hermana, la princesa Ana. Volvió el gran duque á Kiew, donde hizo su entrada triunfal, conduciendo su real esposa, y seguido del clero, de libros y de un inmenso abasto de reliquias.

No le bastaba á Vladimiro ser cristiano, sino que quiso que á su ejemplo lo fuesen tambien sus súbditos, é hizo mas en un solo dia para apresurar su conversion, de lo que hubiera hecho con mucho tiempo un millar de misioneros. Los rusos manifestaban ya entonces esta sumision servil á la voluntad de sus señores, que despues ha sido uno de sus rasgos característicos. Vladimiro empezó por destruir los ídolos, sin perdonar ni aun aquellos que podian considerarse como hechuras suyas. No le valieron al pobre Peruno sus hermosos bigotes, el mayor de los dioses fué tratado con mas ignominia que las deidades de un órden inferior. Ataron su efigie de madera á la cola de un caballo, y la arrastraron á una altura de donde debian arrojarla al mar; mas antes fué azotada con varas por doce robustos soldados. Cuando hubieron desaparecido todos los vestigios eternos del paganismo, un ukase prescribió que debian conformarse todos en público á los preceptos del nuevo culto.

El príncipe señaló dia para bautizar á la vez á todos los habitantes de Kiew. Hombres, mujeres y niños se reunieron todos en las riberas del Nepr (Dnieper), y á una señal del príncipe, se metió toda esta poblacion en el agua, los unos hasta el cuello, los otros solamente hasta medio cuerpo, teniendo las mujeres á sus hijos en sus brazos: los sacerdotes consumaron la ceremonia. De esta suerte recibió toda la nacion el bautismo, no solamente sin murmurar, sino con alegría y reconocimiento; pues estaba persuadido este pueblo dócil que una religion elegida por su soberano, y que habian abrazado los boyardos, era preferible á todo lo que creia y practicaba lo restante del universo. Hubo sin embargo, algunos cantones aislados donde se conservó el paganismo hasta el siglo duodécimo.

Vladimiro cristiano se manifestó muy diferente y mucho mas digno de lo que habia sido Vladimiro pagano. Guardó la fe conyugal á su nueva esposa cristiana, cesó de prodigar la sangre de sus súbditos para engrandecer sus estados, y solo hizo la guerra para defenderlos, y hasta titubeaba cuando era necesario condenar á algun malvado á la pena capital. Estableciéronse escuelas, protegióse así á las artes liberalas como á todas las industrias útiles; se circuyeron de muros las ciudades, y se poblaron comarcas enteramente desiertas. Algunos de sus decretos proporcionaron á sus panegiristas objetos de elogios merecidos.

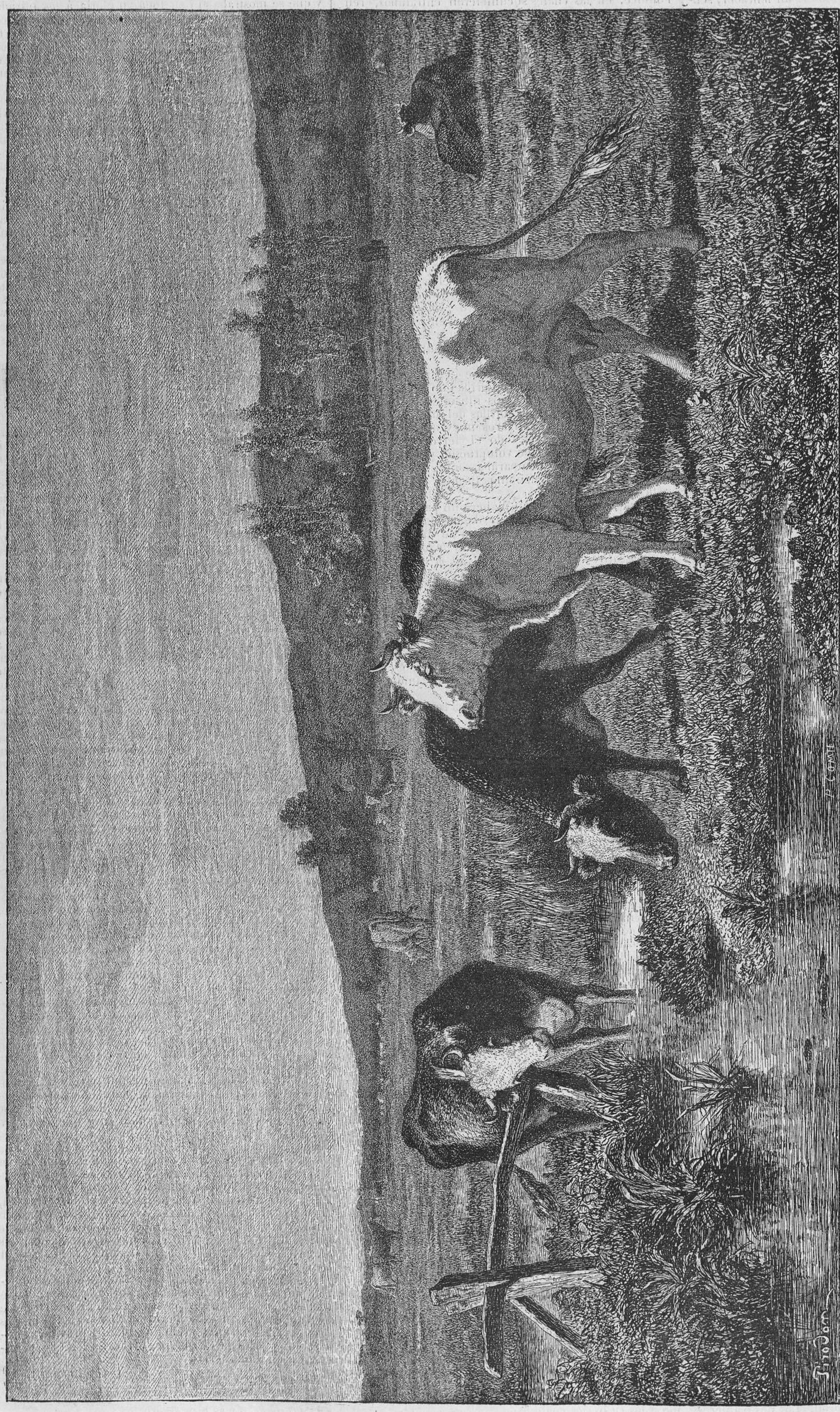
Los historiadores rusos le han proclamado el Salomon de su pais: lo fué en efecto bajo ciertos respectos, y sin embargo preparó grandes males á la Rusia, consolidando en ella el régimen feudal que trajeran consigo los escandinavos. Los grandes vasallos fueron tan independientes allí como en los demás estados de Europa; y se hicieron la guerra entre sí sin permiso, y á veces á pesar de la expresa prohibicion de su príncipe. Se sentian todavía los funestos resultados de la reparticion ordenada por Sviatoslaf, á pesar de que este monarca no tenia mas que tres hijos. Vladimiro pues se encontró muy embarazado cuando tuvo que crear un principado para cada uno de los hijos de todas sus esposas. Dividióse, debilitóse y entregóse el Estado á la anarquía, preparando de esta suerte la invasion de los tártaros (1). El imprudente monarca no supo aprovecharse de su propia experiencia, y en los últimos años de su vida tuvo que hacer la guerra á su hijo Yaroslaf, á quien habia dado el ducado de Novogorod. Murió en 1014, y la anarquía empezó á devastar el reino. Dícese que este príncipe mereció el título de Grande por sus victorias, y el de Santo por sus virtudes cristianas y por los servicios que hizo á su religion.

Dos siglos de desórdenes y de calamidades condujeron por fin á los tártaros al interior de la Rusia, donde hicieron su primera irrupcion en 1223. Desde la muerte de Vladimiro hasta esta época, no se ven en Rusia mas que guerras entre los grandes vasallos, provincias devastadas y príncipes á quienes arrancan los ojos y encierran en monasterios.

(*Se continuará.*)

(1) *Tártaros*, ó mas bien *Tátaros*.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Exposicion de 1869. — *Los Pantanos de Incherville*, cuadro por M. Van Marck.

La Exposicion

DE BELLAS ARTES DE 1869.

El 1º de mayo se ha abierto en el palacio de los Campos Elíseos la Exposicion anual de bellas artes: jamás el jurado habia tenido que examinar tantas obras, y entre ellas hay algunas que verdaderamente son de alta importancia. Como de costumbre, el *Correo de Ultramar* reproducirá en sus columnas las principales, y comenzamos hoy esta reproduccion con dos de los lienzos que mas llaman actualmente la atencion en el palacio de los Campos Elíseos.

El primero representa una paisaje de la costa normanda, los pantanos de Incherville, cuyo autor es M. Van Marck, obra estudiada en su conjunto y en los detalles, y desempeñada con maestría.

El segundo cuadro reproducido se titula *la Vuelta de la cobranza del diezmo*. Aquí vemos dos frailes que vuelven al convento despues de una larga caminata. Pero ¡por qué caminos y con qué sol han debido andar los buenos Padres!

Otras reproducciones preparamos que darán á nuestros lectores una idea de las bellezas que encierra esta Exposicion de 1869, que apenas hemos tenido tiempo de recorrer á la hora en que trazamos estas líneas.

G. B.

La aurora

BOREAL DEL 15 DE ABRIL DE 1869.

Un crecido número de observadores han podido ver en Paris, donde estos fenómenos son bastante raros, una magnífica aurora boreal, que hizo su aparicion en la noche del 15 al 16 de abril.

El horizonte estaba limitado casi por todas partes por un denso grupo de nubes encima del cual aparecia como un cortinaje de luz verdosa análoga á la que produce la combustion del zinc, luz que agitaba una série de ondulaciones parecidas á las de los vapores del mar, y que se sucedian á intervalos regulares de dos ó tres segundos.

¿De dónde procedia esta marea resplandeciente? ¿Cuá-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

les eran las fuerzas secretas de la tierra que producian esos efluvios? ¿Era un presagio de mal tiempo, como suponen algunos físicos? ¿Era que la misma tierra enarbolaba la señal de futuras tempestades? ¿Qué humo de orgullo habia atravesado el oculto cerebro de nuestra tierra? ¿Queria rivalizar en esplendores con el sol? ¿Por ventura se proponia agradar á algun astro vecino, sacando de su eléctrico seno aquella banda luminosa?

El dibujo que publicamos es copia exacta de otro dibujo de M. Silherman, que observó las fases del fenómeno desde una de las ventanas de la habitacion que ocupa en el Colegio de Francia, y le hemos elegido en la coleccion que este inteligente físico improvisó sobre la marcha, por ser el mas propio para dar idea de la grandeza de la aparicion. Nada mas poético puede imaginarse que esos rios de luz que brotaban detrás de las negras nubes á las diez y media de la noche. Nada tampoco era mas propio para dar idea de las maravillas que pueden tener efecto delante de nosotros, sin que nos sirvamos de nuestros ojos para admirarlas.

Es imposible concebir una cosa mas movible y mas variable que los paisajes celestes en esos momentos solemnes, pues la vista de la aurora está subordinada á los caprichos de las nubes. Así las relaciones que se han publicado sobre la aparicion de la del 15 de abril son tan diferentes.

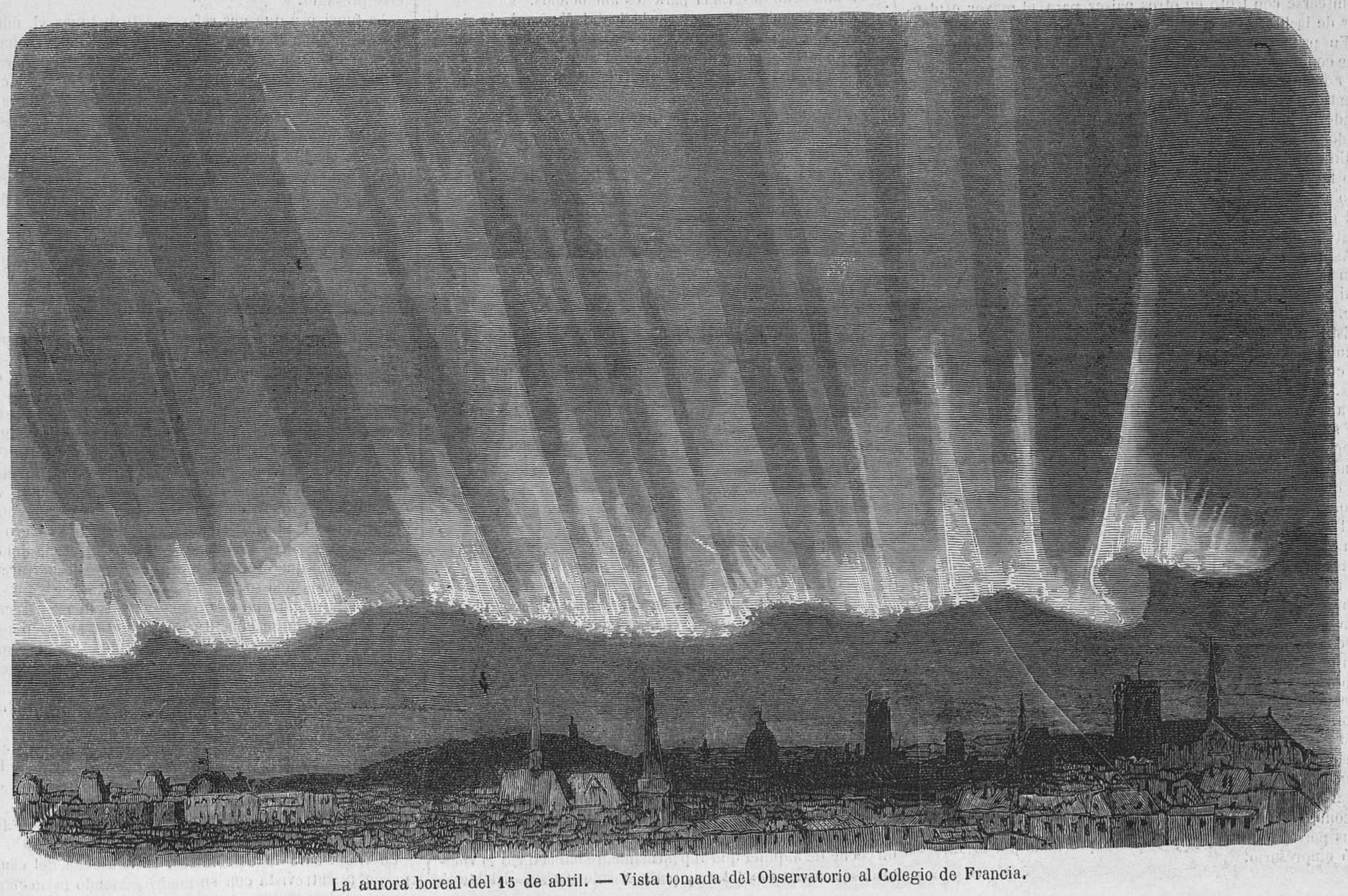
Mientras muchos astrónomos dormian, M. Samuel Portier y tres de sus compañeros admiraban en silencio esa magnífica exhibicion de las fuerzas ocultas de la naturaleza. Por intervalos casi regulares se veian aparecer rayos perpendiculares al eje auroral, y que los escandinavos designan con el nombre de alegres bailarines. Efectivamente, á veces se ve cómo describen una rotacion lenta en torno del punto misterioso que se llama el polo de la tierra, alegrando así las noches interminables del invierno ártico.

Los alegres bailarines de la aurora boreal del 15 de abril no hacian mas que aparecer y desaparecer sucesivamente. Habríase dicho que trataban de hacer esfuerzos para llegar al cenit; pero se detenian en la proximidad de la polar. De un color amarillento, se destacaban de la manera mas pintoresca sobre el fondo liso formado por una luz verdosa.

De tiempo en tiempo el arco auroral aparecia surcado por algunas estrellas errantes, pequeñas, pero muy resplandecientes, que duraban uno ó dos segundos, casi tanto como una de las pulsaciones de la aurora. El cielo estaba muy diáfano, y las estrellas tenian un brillo inusitado, como si lejos de envidiar sus fuegos, aquella extraña claridad se hubiese propuesto avivarlos y alimentarlos. Un poco antes de las once se cruzaron gruesos nubarrones que pusieron fin á la bonita aparicion, la cual duró mas tiempo, pues en la otra parte del estrecho pudieron observarla hasta las tres de la madrugada, gracias á la trasparencia del cielo.

¡Cuándo llegará el dia en que comprendan los físicos oficiales que el papel de los sabios no se limita á esperar á que las señoras nubes tengan á bien apartarse para dejar pasar la luz de los cielos! ¡Qué de maravillas podremos admirar cuando los globos, así como los aeronautas, tengan por fin derecho de ciudadanía en los observatorios! W. DE F.

Exposicion de 1869. — *La Vuelta de la cobranza del diezmo*, cuadro por M. Vibert.



La aurora boreal del 15 de abril. — Vista tomada del Observatorio al Colegio de Francia.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Revista de Paris.

En la semana última la Academia francesa ha procedido á la eleccion de tres miembros en reemplazo de los señores Viennet, Berryer y Empis. Hallábanse presentes treinta y tres académicos.

Tres elecciones en un dia, es cosa inusitada, y así fué que abundaban los candidatos, sobre todo los pertenecientes al mundo literario propiamente dicho, pues sin duda debieron imaginarse que habiendo vacantes tantos puestos tenian mas probabilidades que en otras ocasiones en que se trata de una sola eleccion y se designa ya de antemano al que ha de ser favorecido con los sufragios.

Desgraciadamente, esta vez tambien la Academia francesa ha repetido la prueba de que rechaza de su seno á los que no reunen otras condiciones fuera de las literarias. Solamente el poeta M. Augusto Barbier, que no habia podido penetrar en el ilustre recinto durante su juventud, ha excluido este alto honor á los sesenta años, y para eso ha dejado fuera á su competidor, que no merecia menos la misma honra, M. Teófilo Gautier, quien en la cuarta votacion tuvo 14 votos contra 18 que reunió Barbier, los cuales decidieron el nombramiento.

Los otros dos candidatos electos son M. de Haussonville y M. de Champagny.

Examinemos un instante cuáles son sus títulos.

El primero ha escrito una historia de la política exterior del gobierno francés, de 1830 á 1848 y varios artículos sobre el concordato y el restablecimiento de la Iglesia católica en Francia.

Hé ahí el catálogo de sus obras que, independientemente del mérito que puedan tener, y que no discutimos aquí ahora, prueban cuán lejos están del dominio propiamente dicho de las letras.

Los escritos de M. de Champagny son tambien históricos y políticos, con tendencias ultramontanas; por manera que esta doble eleccion carece absolutamente, digámoslo así, de carácter literario.

Está visto pues, que la Academia francesa se convierte en un panteon de notabilidades que poco ó nada tienen de comun con las que considera la Francia como sus glorias nacionales contemporáneas.

Mientras la Academia persiste en este sistema vivamente criticado por la prensa parisiense, el Teatro Francés inaugura una reforma que será muy apreciada por los escritores dramáticos, pues hace tiempo ya la reclamaban con empeño.

Con efecto, el método que se seguia para la aprobacion ó desaprobacion de las piezas era vicioso á todas luces; y no podemos menos de felicitarnos del cambio que se va á introducir, segun leemos en el informe dirigido al ministro de la casa del emperador y de las Bellas artes. Creemos curioso dar á conocer el nuevo sistema, que quizás podria plantearse con fruto en otros paises para el mayor esplendor de la literatura dramática.

En primer lugar se reduce el número de los miembros que componian el comité de lectura del Teatro Francés, que en adelante tendra solo seis miembros titulares y dos suplentes bajo la presidencia del administrador general, bastando la presencia de cinco miembros, incluso el administrador general, para que puedan tomarse las decisiones.

Un comité constituido de este modo no podrá menos de satisfacer á la mayoría de los autores; y para satisfacerlos á todos en lo posible, se deja á cada uno de ellos la facultad de elegir entre este comité limitado y el general que ha existido durante quince años.

Así pues, en el caso en que un autor lo pida, su produccion podrá ser leida al comité en una sesion especial, á la cual asistirán todos los socios hombres, con voto deliberativo.

Esta última medida se aplicará forzosamente para el fallo definitivo de las piezas que se sometan á segunda lectura, en cuyo caso deberán asistir cuando menos siete miembros.

La votacion secreta, y á veces demasiado silenciosa, que hoy se practica en estos comités, será reemplazada con una votacion nominal, precedida de una manifestacion de opiniones, en la cual cada uno de los miembros presentes podrá expresar su parecer con la extension que juzgue oportuno.

El resultado de los votos formulados así constará en el acta.

Finalmente, los informes de los examinadores serán leidos al comité de lectura, formado como se ha dicho, del administrador general y de los seis miembros titulares y del comité de administracion, y á quien corresponderá aceptar ó rechazar las conclusiones de los informes.

Gracias á este modo de proceder, ya todas las piezas que se presenten al Teatro Francés serán juzgadas con perfecta igualdad, puesto que la decision emanará de una sola autoridad, que es la del comité de lectura.

La comision da mucha importancia á esta reforma y cree firmemente que el uso no tardará en demostrar su eficacia.

Luego trata el informe de los manuscritos que se presenten al Odeon (segundo teatro francés), donde se nombrará un comité de exámen compuesto de cuatro personas designadas por el ministro, y que estará presidido por el director ó empresario.

Por último, tanto en el Odeon como en el Teatro Francés, se llevará un registro de todas las piezas que entreguen los autores; se leerá el dictámen que recaiga sobre cada una de ellas en el término de un mes, y se tomará siempre una decision definitiva en el término de seis semanas, contadas desde el dia en que se hizo el depósito.

Tal es el conjunto de las disposiciones adoptadas contra el antiguo sistema, tan combatido por los autores dramáticos. Pronto empezaremos á ver los resultados

Es digno de todo elogio el celo que muestran en Paris los que se hallan al frente de establecimientos importantes como Museos, Bibliotecas, Observatorios, etc., para hacer mejoras que redundan en beneficio de la instruccion y en la mayor gloria del pais en que se plantean.

Sugiérenos esta reflexion lo que acaba de suceder en la Casa de Moneda.

Hace algun tiempo, M. Dumas, director de este establecimiento, observó que uno de los gabinetes contiguos al Museo de las Monedas y Medallas estaba absolutamente vacío, y habiéndose preguntado á qué uso podria destinar este local, resolvió crear un museo de sellos de correos.

La idea era curiosa, dada la aficion que existe en la actualidad á formar colecciones con estos sellos.

Pero una vez que tomó esta resolucion, y por via diplomática obtuvo el director de la Casa de la Moneda los sellos suficientes para empezar á formar la especialisísima exhibicion que habia imaginado, observó que el gabinete era muy pequeño para contener un museo completo de todos los sellos de franqueo creados, trasformados y abandonados en el mundo, máxime cuando debian entrar tambien los sellos timbrados que circularon en Inglaterra y en Australia: la falta de espacio impidió pues la formacion del museo, y preciso fué limitarse á ofrecer solo á la curiosidad del público los que se usan actualmente en los diferentes Estados del globo

La exposicion ofrece, á la verdad, lo suficiente para la instruccion del público, y aquellos que llevan la manía hasta el punto de quererlos todos, tienen á su disposicion los traficantes especiales, pues de esto se ha hecho un oficio no poco lucrativo, los cuales le proporcionarán todos los sellos que han existido y existen, esto sin contar los que ellos inventan para satisfacer mejor el deseo de los coleccionistas.

Con efecto, estos mismos traficantes confiesan que seria punto menos que imposible hacerse con los sellos de todos los Estados, contando por supuesto no solo los que en la actualidad circulan, sino los pertenecientes á las primeras emisiones. La litografía ha entrado en el negocio, y el número de los fraudes que á ella se deben es extraordinario.

El museo á que nos referimos no tiene nada que ver con tales falsificaciones: las relaciones diplomáticas le facilitaron los sellos auténticos, y algunos llegaron en tal abundancia, que fué preciso elegir entre ellos.

El museo no es completo pues, en toda la acepcion de la palabra, por dos razones muy obvias: falta de local é imposibilidad de obtener un crecido número de tipos absolutamente perdidos.

Es una gran desgracia para los aficionados.

La clasificacion, dice el periódico el *Nacional*, de donde extractamos estos apuntes, no está completamente terminada todavía; pero ya puede admirarse el órden y excelente disposicion que á ella preside en la coleccion de la Francia, que aparece completa á los ojos de los visitantes.

En Francia se han cambiado poco los tipos.

Hubo siete en tiempo de la república; el príncipe-presidente cambió dos. Luego bajo el reinado de Napoleon III se creó una nueva série de ocho modelos; y luego otra de siete.

Tambien se reserva un puesto para los futuros sellos de 5 francos que no circulan todavía, y que serán poco mas ó menos del tamaño de los timbres telegráficos.

Entre tanto figuran ya en la coleccion los de las colonias, con el águila; y por último, los que llaman movibles para letras de cambio.

Hé ahí lo que es en resúmen la nueva coleccion ofrecida á los aficionados parisienses, que no carecerá de visitantes, pues la manía de reunir sellos de franqueo está muy lejos de haberse concluido.

A propósito de manías, las hay que verdaderamente se generalizan demasiado.

Si la de los sellos no está en baja, menos lo está por cierto la del velocífero.

Paris se halla surcado hoy en todos sentidos por ese nuevo aparato de locomocion, que no sin peligro se roza con la gente y con los carruajes en la via pública.

Por supuesto que ya tenemos profesores que dan lecciones de equilibrio, y cursos públicos, y hasta un periódico especial destinado á cantar las proezas de los velociferistas.

Decimos que no sin riesgo se cruzan los velocíferos con las personas y los coches en las calles de Paris, y vamos á citar un ejemplo que hallamos en el siguiente fallo del tribunal de policía.

Hé aquí su contenido:

«Una decision importante para los velociferistas, dice una crónica judicial de la semana, acaba de darse por el tribunal de Policía. El acusado era M. Pascaud, propietario de dos establecimientos gimnásticos, situado el uno en la calle Vaugirard, y el otro en la calle San Gilles, cerca del Marais. Para ir de un establecimiento á otro, M. Pascaud usa siempre el velocífero, y hace pocos dias, yendo en aquel medio de locomocion por la calle de San Antonio, chocó con un coche de alquiler que repentinamente habia dado la vuelta desde una calle lateral, pero el velociferista disminuyó su velocidad, no se causó daño alguno, y ni aun perdió su asiento. Con todo, un agente de policía que presenció el caso, procedió á instruir un juicio verbal contra M. Pascaud, por infraccion á la ordenanza municipal de 1862, que prohibe en las calles el uso de cometas, bolos y otros juegos que puedan impedir la circulacion, á los cuales pretendió asimilar los velocíferos. El tribunal ha fallado el caso y ha decidido que la citada ordenanza tenia por objeto prohibir el uso de cualquier juego ó diversion que pudiese perjudicar la seguridad del tránsito por las calles, y que el acusado, en el caso de que se trataba, habia violado abiertamente aquella disposicion. Por lo mismo se le condenó á pagar un franco de multa. Esta sentencia ha sido apelada por M. Pascaud.»

Afortunadamente la estacion comienza á ser propicia para que los velociferistas trasladen al campo sus ejercicios y dejen las calles de Paris libres de ese nuevo obstáculo contra el movimiento circulatorio. Con efecto, ya los fabricantes de velocíferos anuncian que tienen á la disposicion del público surtidos completos de esta nueva máquina que tanto incomoda á los parisienses, desde el velocífero de dos ruedas, que es el favorito de los equilibristas hasta el de tres con cuatro asientos, que por su misma construccion está al abrigo de las volteretas, esto sin contar los acuáticos, que corren por los estanques como un ligero esquife, y los de los niños, que tienen todas las dimensiones y todas las formas, y tienden á reemplazar los carruajes infantiles. Así pues, los que hacen provision de novedades para la temporada campestre, pueden abastecerse de velocíferos á su antojo en las fábricas establecidas para explotar este nuevo ramo de industria, como se abastecen de perfumes en casa de Guerlain, ó como compran el *Homme qui rit*, la última produccion de Victor Hugo.

Y el tiempo convida en verdad á comenzar estos preparativos. El campo regado por las últimas lluvias ofrece en la actualidad los esplendores de la tardía primavera del clima parisiense. Los árboles dan sombra ya; por todas partes, en las cercanías de Paris, abundan la verdura y las flores.

Sin embargo, Paris en este tiempo hace esfuerzos indecibles por retrasar lo mas posible las emigraciones de sus habitantes.

Las diversiones propias de la estacion se hallan ya en todo su apogeo, y luego en los teatros hay nuevos atractivos á los cuales sucumben muchos impacientes.

La semana última, el principal de todos ellos estuvo en los Italianos con la inauguracion de la série de funciones que tiene anunciadas la compañía dramática de Rossi.

Rossi es conocido en Paris, lo mismo que en las principales ciudades de Europa, como el gran actor trágico de nuestros tiempos, ó mejor dicho, como el único actor trágico que merece este título.

Hace unos cuantos años se presentó por la primera vez en Paris en la compañía de la célebre Ristori, y ya los inteligentes pudieron ver que su talento naciente le presagiaba un gran porvenir: no se ha desmentido por cierto este presagio.

La funcion á que nos referimos tuvo lugar el miércoles, y se ejecutaba *Hamlet*, ese terrible drama que rechaza para su desempeño á las medianías, así como debe ejercer una atraccion poderosa sobre el hombre de inteligencia suficiente, esto es, suficientemente extraordinaria, para elevarse en su interpretacion á la altura de tan inmensa obra.

Rossi se encuentra en este último caso.

No es posible dar una idea, ni aproximadamente, del esfuerzo gigantesto que exige en un actor esta creacion de Hamlet, mezcla continua de lágrimas, de odio, de desesperacion, de rabia, de disimulo, de demencia fingida ó real; donde la amargura estremece, el dolor penetra en el alma, y la risa sardónica hiela en las venas la sangre. Hay escenas de un efecto aterrador incomparable Rossi no decae un momento; y no hay situacion ¿qué decimos? no hay frase, no hay palabra que no tenga estudiada profundamente y que no exprese con la maestría de un artista consumado. Es la perfeccion del personaje.

Desde la escena con la sombra en el primer acto, cuando oye las terribles revelaciones que le descubren el crímen de que ha sido víctima su padre, se descubre ya hasta dónde alcanza el talento del actor trágico. Sus presentimientos no le habian engañado, un monstruo incestuoso y adúltero ocupa el trono. Durante el sueño del rey, la mano de un hermano le arrebató á su vez corona, reina y vida, y cargado con el peso de sus faltas, le envió sin comunion á dar cuenta al Eterno. Hamlet debe vengarle; pero respetando á su madre, abandonándola á la justicia del cielo y á las espinas que crecen en su seno para desgarrarla y hacer de su vida una tortura prolongada.

El drama entero no es otra cosa que la preparacion de esta venganza, que constituye en efecto, el desenlace.

Nuestros lectores recuerdan sin duda el célebre monólogo de Hamlet, antes de su diálogo con Ofelia: «¡Ser ó no ser, la cuestion magna!» ¡Qué modo de comprender esta disertacion de una filosofía tan desesperante! «Morir es dormir, — sí, dormir, — y soñar quizá.. pero ¿qué sueños? ¿Quién consentiria en gemir bajo el peso de la vida, sin el terror de lo que habrá despues de la muerte?... La voluntad se quebranta y se turba cuando se piensa en esa comarca desconocida de la que nadie vuelve...»

Todas las agitaciones y las angustias del alma de Hamlet le son familiares al trágico italiano.

En el episodio de los cómicos, en la escena del cementerio, en la entrevista con su madre, cuando la declara que

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

está enterado de todas las circunstancias del horrible crímen; finalmente, en el desenlace despues que habiendo dado muerte á Laertes y al rey, ve morir á su madre envenenada y entra él tambien «en el silencio,» Rossi es verdaderamente el Hamlet de Shakespeare, la figura dramática mas acabada y completa que, á nuestro juicio, puede existir en el teatro

No hay para qué decir que el éxito fué grande: desgraciadamente, apenas Ofelia en la escena de la locura, mereció despues de Rossi entre los demás actores de la compañía algunos aplausos.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

A UN AVE.

El tiempo está borrascoso:
¿Qué buscas, pájaro errante,
Cuando trémulo, anhelante,
El aire cortando vas?
¡Oh! ¡vuelve á tu dulce nido
Y á tu selva abandonada,
Que la tarde está nublada
Y amenaza el temporal!

Vuelve á tu bosque, avecilla,
Donde gimiendo te espera
Tu amorosa compañera
Con cariño y con temor.
¡Cuánto tardas! ¡cuánto tardas!
Desdichada golondrina,
La tormenta se avecina:
¡Ya en sus sombras te envolvió!

En vano, batiendo el ala,
Quieres avanzar: ¡no puedes!
Gimes, desmayas y cedes,
¡Cedes al recio huracan!
Te arrastra el viento que lleva
Contigo tambien la bruma;
Destroza tu débil pluma,
Seca tu aliento vital.

¿Dónde vas? Las sombras negras
A mis ojos te ocultaron.
¡Ay, muy lejos te llevaron
Las alas del aquilon!
¡Pájaro errante, en tu nido
Inútilmente te espera
Tu amorosa compañera,
Destrozado el corazon!

Golondrina triste,
No mas volverás
Del nido adorado
La dicha á gozar;

Ni mas en la selva
Tu canto alzarás,
Gimiendo en arrullos
Tu amoroso afan.

Tu dulce consorte
Por tí clamará
Con trémulas quejas
Que no escucharás.

Temblando en su dura
Cruel soledad,
Te llamará en vano,
Que no volverás.

La selva lejana
Su queja oirá,
La llevarán lejos
Las brisas dal mar:

¡En vano! El silencio
Doquier le dirá:
«¡Lamenta, avecilla,
Tu angustia y pesar!

¡Llevó tu consorte
Sañudo huracan!...
¡Jamás á la selva,
Jamás volverá!»

Desdichada golondrina,
Como tu suerte es la mia:
En la borrasca bravía
Sucumbió mi corazon;
Y en el nido solitario
De mis muertas ilusiones
Hay horribles decepciones,
Y está el puñal del dolor.

Como tú, volver no puedo
Al punto de mi partida,
Que mi esperanza querida
Como una sombra pasó:
Irritado temporal
Secó la flor de mis años,
Y en amargos desengaños
Mi hermosa ilusion trocó.

La tempestad está encima:
¡Como tú, pájaro errante,
Yo voy cruzando anhelante
De un mar revuelto al través!
¡Tú volver, ay, ya no puedes
A tu selva abandonada!...
¡Yo mi estrella ví eclipsada
Y en oscuridad quedé!

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

Epígramas.

En un lugar de Galicia
Queriendo un cura probar
A dó llega la avaricia
De la gente del lugar,
Dijo: — Al que este invierno muera
Le entierro gratuitamente.
Y antes de la primavera
Se murió toda la gente.

— He visto el drama de Bruno.
— ¿Y qué opinas, en extracto?
— ¡Hombre, que le sobra un acto!
— ¿Cuántos tiene?
— ¡Tiene uno!

Una tostada cenó
Gil, que nunca paga nada;
Y al mozo que le sirvió
Dijo al despedirse: — ¡Yo
Doy tostada por tostada!

X.

El Juego.

El juego es la invencion mas desgraciada del hombre; y así como se dijo por un gran personaje: que *el Arte de Amar*, de Ovidio, es el «arte de cometer adulterios,» así el juego, es el «arte de destruirse los hombres mutuamente,» comparable á esos desafios de los antropófagos de la Oceanía, que nos describe Arago, en los que el vencido debe servir de alimento al vencedor, el cual mas tarde sirve de pasto á otro competidor victorioso. La siniestra invencion del juego debió su orígen, seguramente, á la ferocidad y holgazanería de los tiempos mas remotos.

El juego, compañero inseparable de la codicia, desórden y vagancia, es el cáncer mas destructor de las costumbres, de las familias y de los pueblos.

El juego contiene la avaricia, la envidia, la venganza, el embrutecimiento, el libertinaje; la pérdida de la vergüenza y el pudor; la prodigalidad, el indiferentismo, la ruina de las riquezas, la salud y la reputacion, y no pocas veces el extrañamiento, el presidio ó el cadalso.

Algunos murmuran de los pasatiempos antisociales del pugilato ó trompeadores, toros, circo de fieras, gallos y otros, sin echar una ojeada sobre su pasion, mil veces peor que aquellas. El pábulo del juego es la destruccion.

Cuando veo un jugador en la iglesia, momentos antes de entrar en el club, me acuerdo de aquella cuadrilla de ladrones que nos cuenta un célebre escritor que «oraban y encendian velas á una imágen de san Pacomio, antes de salir á descamisar al prójimo.»

El juego, segun Cristina, «ni es diversion ni negocio.» Segun la condesa de Merlin «no es posible ser jugador y hombre honrado;» y segun otro «los jugadores empiezan siempre por ser engañados, y acaban siendo engañadores.»

El jugador es un gran fanático propagandista de sus principios; y es el hombre mas digno de compasion.

Los jugadores de las vestiduras del Salvador son el símil de los jugadores que, en el delirio del vicio, juegan hasta la última prenda de su consorte y de su prole.

El jugador, al pisar el dintel del garito, arroja á la calle sus mas sagrados deberes de padre, de esposo, de hermano, de amigo y de depositario, y está pronto á sacrificarlo todo, en el último caso, en las aras del demonio del juego que le domina.

El juego no es un contrato razonable; es una apuesta necia, y en este concepto le es aplicable aquella máxima «nunca hagas apuestas: si sabes que has de ganar, eres un pícaro; si no lo sabes, eres un loco.»

No necesitamos leer esos libros titulados *Misterios del Juego*, *Leon Leoni* y otros que encarecen los funestos efectos del juego; pues en todos los pueblos contemplamos con amargura descendencias condenadas á la ignorancia, á la oscuridad, á la miseria, á la infamia, víctimas de un progenitor corrompido en ese vicio, el peor de todos porque á todos los encierra.

El jugador, al fin, solo alcanza un arrepentimiento tardio é inútil, y arrepentimiento amargo y cruel cuando va acompañado de los remordimientos como el de uno que llega al fin de una jornada llena de crímenes sin fruto alguno.

Por cada jugador favorecido del demonio del juego, para que sirva de reclamo á los incautos, ¿cuántos centenares de padres de familia, hijos, empleados, propietarios y comerciantes, industriales y demás hemos visto en el destierro voluntario, en las cárceles, presidios, suicidas, dementes, ó concluir su existencia entre la miseria y el oprobio?

El juego es el mas acérrimo enemigo de la caridad, porque exponiendo los recursos propios y de su familia, y tratando de arrebatar al prójimo el suyo, compromete el pan y la existencia natural y social de diversas personas; y porque nunca está mas contento el jugador, que cuando contempla el oro de su competidor en su bolsillo, aunque la falta de ese oro colme de hambre, lágrimas y baldon una familia.

El que haya presenciado una vez esas desgarradoras escenas de lágrimas, atropellamientos, discordias y otros distintos conflictos, tan frecuentes en la casa del jugador, estará convencido de que de esos albergues huye la paz y el reposo, y se alojan todas las mas hórridas angustias.

El juego, pues, como pasion, es la mas terrible é insensata; como vicio, es el mas odioso y perjudicial; como infraccion moral es el crímen mas abominable: el gérmen mas fecundo de malas acciones y consecuencias. El jugador siempre está al borde de un abismo.

El juego es un gran desórden, y el jugador debe acordarse que «el desórden almuerza con la abundancia, come con la pobreza, cena con la miseria y va á acostarse con la muerte.»

El juego es un gran pecado entre los principios de economía política: los jugadores no solo se roban á sí mismos, sustrayéndose á la cooperacion del gran movimiento social, y paralizan la riqueza que detienen en el remanso del juego, separándolo del cambio general, con perjuicio de la agricultura, el comercio y la industria; sino que, embruteciéndose y degradándose en aquella pasion, que embota necesariamente todo impulso noble del alma y del corazon hácia el bien social, anulan y eliminan sus conocimientos del procomunal, haciéndose indiferentes á la cosa pública; y arrastran á otros miembros de la sociedad á aquel sepulcro del progreso, con aumento de la vagancia y el crímen.

Los juegos *de pasatiempo* son como los pecados veniales, que de su repeticion se pasa á los mortales: así hemos visto á tantos desgraciados empezar por los juegos permitidos *de pasatiempo* y concluir en el abismo de su destruccion. El juego es como el canto de la sirena, segun la fábula, que seduce, atrae y mata, y siguiendo el ejemplo de Ulises, que tapó sus oidos para librarse, todo hombre debe huir de los funestos halagos del juego para evitar su ruina.

El padre que no da oficio á su hijo, lo enseña á ladron, segun el proverbio turco; y no proceden de otra manera los padres de familia que, con lamentable indolencia é imprevision, conducen á sus hijos al funesto ejemplo, ó les permiten los juegos en que se atraviesa pequeño interés, que califican de inocentes, sin conocer que los colocan en la primera escala del vicio y de su futura degradacion.

Jesucristo es el principio de la regeneracion social; desde El corre el espíritu humano á su posible perfeccion; y en el interés con que decia: «Dejad venir hácia mí los niños» nos enseñó la gran importancia y el encargo de velar por esas preciosas y tiernas plantas que han de sucedernos, y que su educacion progresiva de generacion en generacion, ha de elevar al hombre á la cumbre, á que lo destina el Salvador. De aquí el empeño con que las leyes, los municipios y las sociedades ilustradas proporcionan á la niñez todas las armas de la civilizacion para combatir en la vida con esos terribles enemigos de la humanidad, que se llaman ignorancia y pasiones; y por eso el padre que sigue el divino encargo, debe velar sin cesar por la formacion moral de sus hijos, inclinándoles por el camino de la perfeccion.

M. ANASTASIO A.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

JAPON. — Puertas del castillo de Osaka.

El Japon.

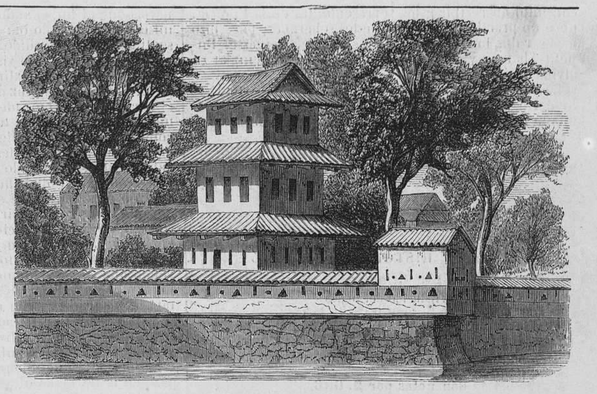
LA CIUDAD JAPONESA DE OSAKA.

El Japon es sin duda alguna el pais mas inteligente y mas adelantado de toda el Asia, sin exceptuar la India; y así sucede que mientras aprovecha nuestras invenciones y descubrimientos, comienza á temer nuestra influencia y nuestro ambicioso genio.

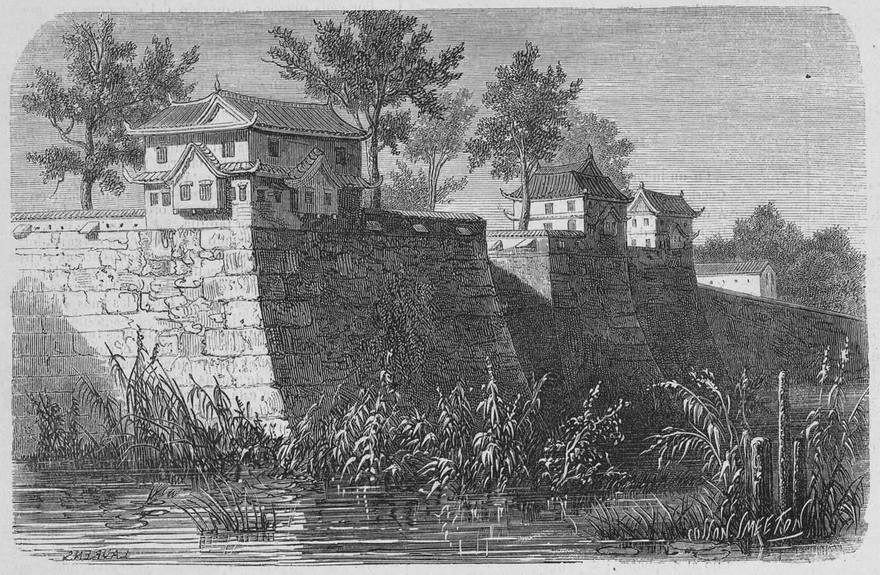
Los japoneses se mezclan con desconfianza en el movimiento de la civilizacion occidental; querrian conocerla, penetrar sus secretos, sin tener por eso grandes relaciones con nosotros. No hay pueblo mas celoso de sus prerogativas, mas deseoso de conservar su independencia. La historia, que consulta quizás mejor que ciertas naciones europeas, le ha probado que era peligroso conceder muchos favores á los extranjeros: estuvo para ser presa de los portugueses en el siglo XVII, y lo recuerda.

Esta desconfianza que engendra el odio, se manifiesta frecuentemente con ataques y odiosos atentados, cuyos culpables, hablamos de los verdaderos, no son siempre los que sufren el castigo. No hay que hacerse ilusiones: la mayor parte de los asesinos japoneses no son asesinos vulgares, estimulados por el robo, sino patriotas fanáticos que quieren alejar al extranjero mediante el terror.

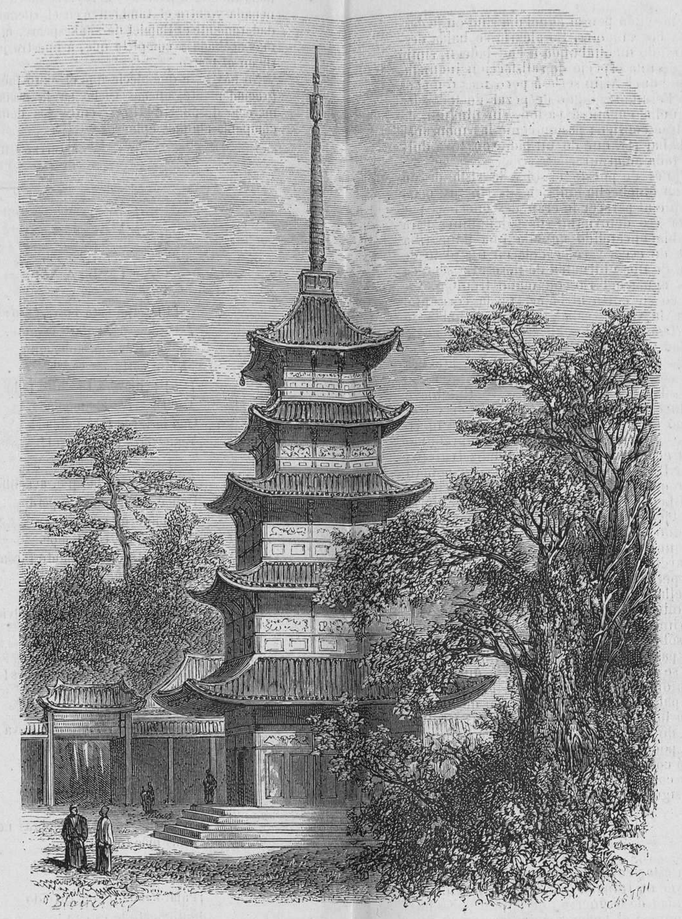
Mas tímidos y mas previsores que los chinos, los japoneses no permiten á los europeos y á los americanos sino la entrada de algunos puertos: los buques extranjeros pueden penetrar únicamente en Nagasaki (isla de Kiu-Siu); — en Simoda, sobre la costa sudeste de la isla de Nippon, y en Yokohama, sobre la misma costa; — en Osaka, que sirve de puerto á Myako, capital del imperio; — en Hyogo, cerca de Osaka; — y finalmente, en Hakodade, al Sur de Yedo, punto frecuentado principalmente por los rusos.



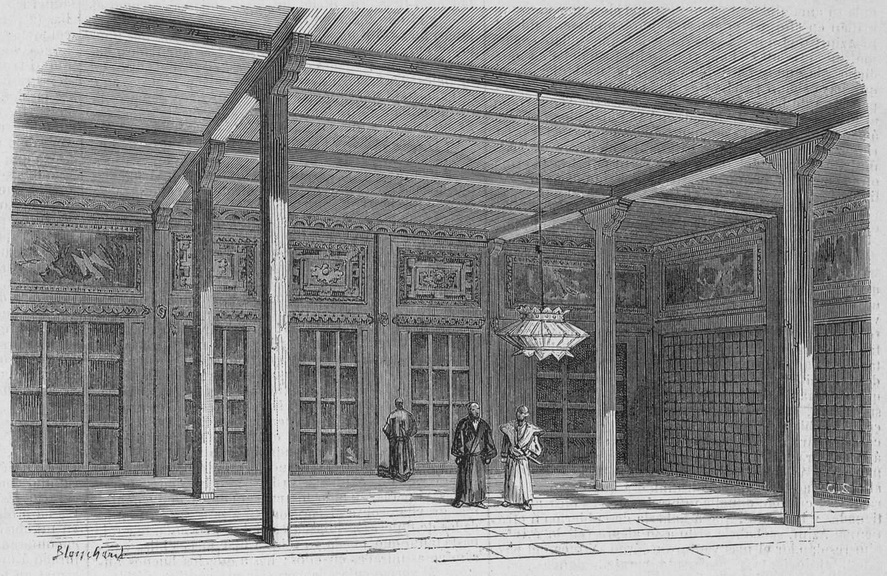
Torreon del castillo de Iodo.



Recinto exterior del castillo de Osaka.



Torre de la pagoda Tenji.



Sala principal del palacio del príncipe Satzuma.

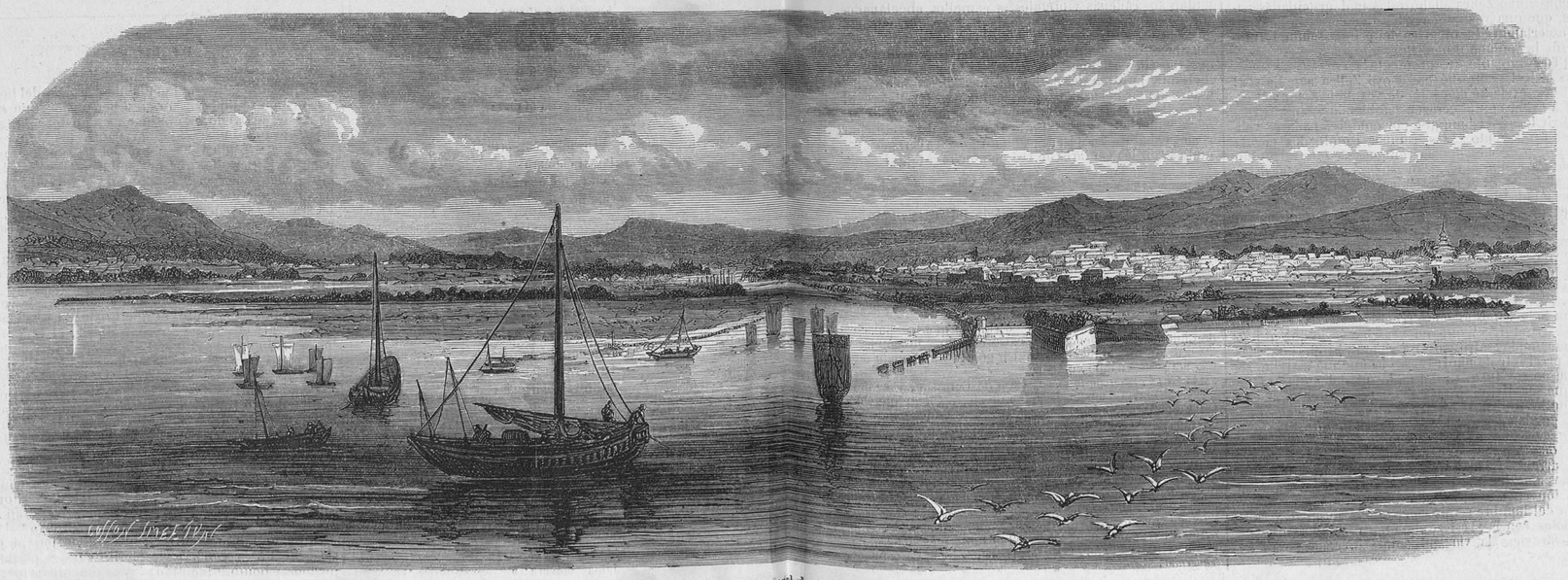
De todas las ciudades abiertas, la mas importante es Osaka, pues ahí se centralizan mas los negocios, y es adonde acuden mas comerciantes. Parece extraño que la Francia no tengo en Osaka ninguna factoría, en tanto que los ingleses hacen un comercio muy lucrativo que cuenta ya algunos años de fecha.

Este puerto es hoy muy conocido, gracias á los estudios que sobre él han hecho varios marinos. Un jóven oficial de mucho porvenir, M. A. Paris, ha escrito últimamente una descripcion circunstanciada, y dice que Osaka es una de las plazas mas comerciales é industriosas del Japon.

Situada en un llano admirablemente cultivado, y robado al mar por medio de diques construidos con tanto talento como si fueran obra de holandeses; de fácil y directa comunicacion con el Océano, gracias al rio que la atraviesa, la ciudad de Osaka es en realidad un magnífico puerto, suficientemente profundo para la navegacion japonesa, y que puede contener hasta 1,000 embarcaciones.

El aspecto general de la ciudad no tiene nada de imponente: las costas japonesas, lo mismo que las del Celeste Imperio, se esconden á la mirada entre bosquecillos de verdura, y así es que se han podido dar interpretaciones muy opuestas sobre su extension y sobre el número de sus habitantes. En lo relativo á Osaka, las cifras varían entre 200,000 y 900,000 almas. Esta ciudad pasa con justicia por la mas bella de Nippon, y por uno de los centros mas animados. Es el Marsella del extremo Oriente; en tanto que la capital contigua, Myako, con su emperador espiritual y su séquito de bonzos, recuerda á Roma, segun dicen hasta los misioneros.

En Osaka el que trabaja se enriquece, llevando buena vida, y por una singularidad que no deja de contrariar á ciertos europeos, dentro de la poblacion no hay mas que mujeres virtuosas; el libertinaje está en las aldeas inmediatas. Los japoneses aislan al vicio, en tanto que nosotros le acordamos derecho de ciudadanía en el corazon de nuestras capitales: no hay para qué añadir que en este punto están mas adelantados que nosotros, pues el vicio que provoca es mas peligroso que el que se esconde.



Vista general de Osaka

Tratemos ahora de los edificios de Osaka, entre los cuales debe citarse en primer lugar el castillo que llaman los japoneses Sivo. Este alcázar, dice M. Paris, fué edificado por el célebre Hieas, especie de mayordomo de palacio que en el siglo XVI de nuestra era anuló la autoridad preponderante del mikado, y fundó el poder de los taicouns: al frente de la fortaleza dió una batalla decisiva á las tropas de su antiguo soberano.

La fortaleza se construyó al estilo antiguo; pero no por eso se muestra menos sólida aun en el dia. Sus muros, de algunos metros de grueso, se elevan á 18 metros. Posee un torreon que, en caso necesario, podria defenderse, y está rodeado de fosos muy profundos. Es una verdadera casamata que consideran inexpugnable hasta el dia en que caiga en manos de los europeos.

Despues de la ciudadela, los principales monumentos son los templos, y entre ellos el mas célebre es el de Tenji, situado en los límites de la ciudad. Antes de elevar al cielo sus oraciones, los fieles pueden descansar en grandes casas elevadas á derecha é izquierda del edificio. El templo Tenji es una de las grandes curiosidades de Osaka. Allí la superstícion se ostenta en toda su fuerza. Los japoneses acuden en romería para pedir la curacion de sus enfermedades ó el cumplimiento de ciertos deseos. Los bonzos reciben las ofrendas. Cada budhista que penetra en el sagrado recinto hace resonar el gong, en tanto que otros arrojan al aire dos guijarros puntiagudos, y segun como caen, á derecha ó á izquierda, salen alegres ó tristes. ¡Pobres japoneses!

Los franceses, despues de visitar Osaka, pasaron á Myako, primera ciudad del Japon, residencia del emperador que tiene en sus manos el poder espiritual, del mikado, ese soberano tan inaccesible que el vulgo no conoce ni aun su nombre hasta despues de su muerte.

El jóven monarca, que tiene cuando mas quince años,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

consintió en recibir á los representantes de la Francia, pero no practicó la cortesía de los soberanos, pues hizo esperar dos horas á los señores Roche, Bergasse, Dupetit-Thouars y Roy, únicos admitidos á contemplar su divina majestad.

La embajada fué perfectamente recibida; pero al salir del palacio, supo que acababan de degollar villanamente á diez europeos. R. C.

El falso Profeta.

ROMANCE HISTÓRICO ORIENTAL

Traducido del inglés

POR TOMAS MOORE,

Con notas por D. G. C.

— Mira, Zelica mia, le dice Azim, muéstrame un solo momento esos dulces ojos, para que sepa que tu vida y toda tu amabilidad no han desvanecido, sino que aun brillan en ellos como antes. Vamos, mírame... mira á tu Azim; una mirada sola como las que solian echarme, me seria un cielo... ¡Qué feliz casualidad, y qué dichosa la que te ha traido aquí... De cualquier modo que haya sido... ¡Ah! ya se mueven estos dulces párpados... este beso ha cundido por todas sus venas como el primer impulso de la vida... Ya la abrazo, ya vuelve á ser mia. Si en este momento fuese dueño de todas las riquezas de la tierra, á tí habria elegido entre los acumulados tesoros del universo. ¡Verte aquí!... ¡Verme otra vez en los amantes brazos de mi siempre pura Zelica!...

Fué sin duda el tacto de sus amorosos labios con los ojos de Zelica, el que disipó su breve eclipse; pues poco á poco se fueron abriendo, desplegando sus párpados, á manera que se derrite la nieve al impulso de los hálitos del cielo, descubriendo así las azuladas flores que debajo yacian escondidas; por fin, ya se fijaron en el semblante de Azim, no como se hallaban poco antes, vivos, inquietos y fogosos, y sí, llenos de una triste serenidad, como si el estar echada en aquel lance estático tan cerca de su corazon le daba consuelo, y el despertarse rodeada de sus tiernas caricias aligeraba su alma de una mitad de su infortunio. Mas cuando Zelica oyó que su amante la llamaba *pura*, no tuvo ya valor para sufrir mas, sino desprendiéndose de sus brazos, retrocedió temblando y gritando en tono de angustia con la culpada cara tapada con ambas manos; sí, dió un tono á la palabra *pura* que hubiera partido un corazon de mármol. ¡Ay cielo! aquel acento, aquellas miradas tan alteradas, aquella plaga consumidora que dejan el pecado y el crímen, aquella impresion de sus ojos amortiguados y hundidos, que á haberla descubierto en otro tiempo Azim, se habria visto á su alegre reflejo é infinito resplandor el mas venturoso jóven. Y luego el paraje... el luciente y profanado paraje... donde yacia ocultado el vicio á favor de las atractivas gracias y los hechizos que lo halagan, á manera de la víbora que de las hojas balsámicas teje la tela en que se envuelve (1), todo, en fin, hiere de repente su corazon dejándole tan frio como la muerte. Todo lo ve ya, todo lo palpa con la sensibilidad que da la rojiza marca del oprobio.

Sea cual fuere la mano que haya podido separar del cielo y de Azim tanta brillantez, Zelica no tiene ya remedio; está perdida para uno y otro eternamente. ¡Qué momento funesto! ni las lágrimas, ni la lenta y duradera miseria de los años podia competir en angustias con aquel fatal instante; los pésimos elementos del dolor en aquel negro fracaso se descargaron en el alma de Azim, y con este solo sacudimiento del destino volaron todas las esperanzas de su vida.

— ¡Ah! no me maldigas, le dijo Zelica, al ver que se desesperaba y levantaba las manos al cielo; aunque me veo arruinada y deshecha, no creas que el delito ó la falsedad me hayan hecho caer: no, no; fué la pena, fué la misma demencia que lo ha hecho. No lo dudes, aunque haya cesado para mí todo tu amor, como es de creer; persuádete, á lo menos, que ha dejado de brillar en este cerebro toda centella de razon antes que haya podido faltar á tí. Me contaron que habias muerto; ¿y por qué, dime, Azim, ¿por qué no morimos los dos en el acto de separarnos? ¡Ah! si solo supieses con qué profunda afliccion he sentido y he llorado tu ausencia, pensando tan de continuo en tí hasta que el pensar se me hizo penoso, y la memoria á manera de una gota que dia y noche va socavando, consumió al fin mi corazon con su frio é incesante embate. Si solo supieses cuán pálida me veia sentada en casa volviendo los ojos por donde habias de llegar, y cómo tus pasos y tu voz resonaban en mis oidos cada noche, ¡ay Dios! no extrañarias que al fin, cuando desapareció toda esperanza de mi corazon, cuando oí: *Azim ha muerto*, mis infelices sentidos hubiesen cedido, llegando á ser un deshecho del cielo, privada de todo vislumbre de razon, y hasta que en mi frenesí este inextinguible amor se hizo fuego impuro, para que á la luz de sus llamas me precipitase en el pecado. ¿Me compadeces? sí, ya lo veo; ese firmamento no encubre en toda la tierra tanto infortunio como el mio. El enemigo infernal que me ha traido aquí, me dijo cosas tales que... pero escucha... acércate...: que estás perdido tambien si oye... Me dijo, sí, cosas con su arte diabólico que hubieran ablandado un corazon mas fuerte que el mio. De tí me habló diciendo, que como á él le sirviese y complaciese, habitaria contigo en aquella lúcida y sempiterna esfera donde gozaria para siempre de la pura luz de tus ojos. Figúrate, piensa un momento cuán enloquecida estaria creyendo que el crímen me llevaria á Dios y á tí. ¿Qué lloras por mí?... sí... llórame pues; mas si osase quitarte estas lágrimas con un beso... no, que mis labios se han maldecido: no han de tocarte; ya he tenido en tus brazos una caricia divina, un grato momento de olvido, que quedarán sepultados en la honda memoria de mi alma hasta que muera: sí, la última reliquia de mi gozo en la tierra, la última gota que recogerá mi corazon para apagar su mortal y voráz incendio. Pero tú, Azim, te has de marchar de aquí; sí, te marcharás para siempre de este lugar, de este funesto sitio que no se ha hecho para tí. ¡Ah! si te contase solamente la mitad de... tu atormentado juicio se inflamaria como el mio, y el mio luego volveria á su pasado frenesí: basta pues que aquí reine el crímen; que los corazones buenos y puros en otro tiempo, pero ya amancillados, arrecidos y quebrantados, sean el pasto de aquel para que te alejes; basta, en fin, que estemos separados, y que el hado haya puesto entre los dos una negra barrera, dividiéndome de tí tanto cuanto dista el cielo del infierno por toda una eternidad.

— ¡Zelica! ¡Zelica! exclamó el jóven guerrero, entregado á todas las torturas de un ánimo inflamado hasta la locura; por esos santos cielos en que, si pueden mover las oraciones, serás perdonada, como lo eres ya en este torcido corazon, perdida, pecaminosa y arruinada como te ves; por la memoria de nuestro puro y pasado amor, el cual como una luz sepulcral arde todavía sobre la huesa de las almas perdidas, que ni tu delito ni la desesperacion mia pueden apagar; te conjuro, te ruego que huyas de aquí; si aun te queda un solo vislumbre de inocencia, huye conmigo de este sitio.

— ¡Contigo! ¡oh felicidad! solo el oirlo vale años enteros de tormento. ¡Cómo! ¡llevarte á una perdida, dejar que vaya al lado de su querido como en aquellos dias de felicidad de amor y de pureza! ¡Sueño demasiado celeste! Si hay en la tierra un remedio para corazones deshechos, es este: ser todos los dias compañera de tus pasos, oir tu elocuencia angelical, ver tus ojos virtuosos siempre clavados en mí, purificándome de nuevo con su fuego, como aquel tejido teñido que, recibiendo la luz del sol, se vuelve cándido y castizo. ¿Y rogarás por mí, Azim? sí, ya lo sé; en las densas horas de las vísperas, cuando los pensamientos delincuentes mas gravitan sobre el corazon, tú alzarás los ojos inundados de dulces lágrimas á los cielos, abogando por mí, hasta tanto que pueda yo misma fijar mis débiles y pecaminosas miradas en ellos; hasta que los buenos ángeles, al verme enlazada para siempre contigo, pálida y contristada, anuncien por amor tuyo que mi alma está absuelta, mandando con este fallo que te lleves al cielo á tu llorosa esclava. Sí, sí, que me fugaré contigo.

Apenas hubo Zelica dicho estas mal articuladas palabras, que una voz honda y terrible como la de Monker despertando á los muertos del primer sueño, retumbó desde la ventana inmediata.

— ¡Tu juramento, tu juramento!

¡Ay, cielos! ¡con qué pavor oyó Zelica aquella voz!

— El es, exclamó con tono de voz embargada; él es, volvió á gritar con el corazon temblando y sin atreverse á abrir los ojos; bien que por entonces nada se veia sino el firmamento y los campos iluminados por la luna, y que desde aquellas ventanas se mostraban tan silenciosos como antes. Soy suya... todo se acabó... huye al instante; si no, estás perdido. ¡Mi juramento, mi juramento!... ¡oh Dios! verdad es... tanta verdad es que soy esposa de Mokanna, como el gusanillo que roe este helado corazon. Sí, Azim, suya soy... soy suya... los muertos daban testimonio en torno cuando hice aquel voto; sus lívidos labios lo repitieron; sus ojos vieron cómo apuré aquella copa de sangre hirviente; aun la siento bullir en mi alma, y el novio enmascarado... Pero escucha, que esta noche he visto cosas que ignoran los mismos ángeles. ¡Qué espectáculo nefando! ¡qué horror! ¡Ay! que no veas jamás lo que allí se halla escondido, salvo para mí y para el infierno... Mas me es preciso ir de aquí; fuerza es que me marche, sí, que ya no soy tuya, ni del cielo, ni del amor, ni de nada que sea divino. No me detengas... ¿Crees por ventura que los espíritus infernales que separan los corazones no pueden separar tambien las manos?... Así pues, quedan separadas para siempre.

Con toda la fuerza que presta la demencia á la flaqueza, arrojó de sí los brazos de Azim, echando á correr con unos alaridos que jamás abandonarán los oidos del jóven, aun cuando cuente la mas lenta y consumada miseria del hombre; voló por aquella iluminada calle de árboles con la presteza de un ave ominosa que de noche atraviesa la via del sol, y luego se perdió de vista.

IV.

Lalla Rookh no pudo pensar aquel dia sino en la desventura de esos dos amantes. Su alegría se habia desvanecido, y mirando meditabunda á Fad-ladeen, sintió sin saber por qué una especie de satisfaccion inquieta, figurándose que aquel Azim seria á poco mas ó menos un jóven como Feramorz, digno de gozar de todos los placeres de aquella engañosa pasion, sin ninguna de las cuitas que trae consigo; pasion como las manzanas soleadas de Istkahar (1), que de un lado son toda dulzura y de otro toda amargura.

Pasando despues de puesto el sol á la vista de un rio, vieron á una muchacha india en sus riberas, ocupada en cosas que al parecer le eran desconocidas por su rareza, y por eso detuvieron sus palanquines para observarla. Habia encendido aquella una lamparilla llena de aceite de coco, y colocádola en un plato de barro adornado de una guirnalda de flores. En seguida la entregó á las aguas del rio con mano trémula, velando con ahinco su curso al bajar por la corriente, sin cuidarse de la vistosa cabalgata que se habia ya agolpado á su lado. Lalla Rookh estaba ya hecha la misma curiosidad, cuando uno de su comitiva, que habia vivido en las orillas del Ganges, donde se practica esta ceremonia con tanta frecuencia, y durante la que no pocas veces al caer de la noche se ve iluminado aquel rio con luces, como el *otontala* ó mar de estrellas (2); informó á la princesa que este era el modo como los amigos de aquellos que habian emprendido largos viajes ofrecian sus votos por su feliz regreso; que si la lamparilla se sumergia luego, era un agüero desastroso; pero que si continuaba ardiendo y luciendo en las aguas hasta perderse de vista, se tenia por cierta la vuelta del objeto amado. La princesa pues prosiguiendo su camino volvió los ojos mas de una vez para ver cómo iba aquella luz de la jóven; y notando con gusto que aun ardia, no pudo menos de creer y temer que todas las esperanzas de esta vida no fueran mas ni menos que aquella tenue luz que flotaba sobre las aguas del rio. Lo restante de la jornada se pasó en silencio. Ya sintió por primera vez aquella sombra melancólica que se esparce sobre el corazon de una tierna doncella, tan dulce y pasajera como su mismo aliento en el espejo, sin que se despertase del delirio á que estaba entregada, hasta oir tocar con ligereza á Feramorz en la puerta de su pabellon. Entonces brillaron de alegría los ojos de Lalla Rookh, y despues de algunas inauditas advertencias de Fadladeen sobre lo indecoroso que era sentarse un poeta en presencia de una princesa, todo se acomodó como en la tarde precedente, y continuóse el cuento con atencion é impaciencia de todos, en los términos siguientes:

V.

¿De quién son estas doradas tiendas que pueblan el camino donde ayer no reinaba mas que el silencio y el espacio? Esta ciudad de la guerra que en tan pocas horas ha brotado como si el poder mágico de aquel que en un abrir y cerrar de ojos edificó los salones y las encumbradas columnas del Chilminar (3), hubiese conjurado á un mundo de tiendas, cúpulas y relucientes armas en todo el alcance de la vista. Pabellones regios con abrigo de varios dobleces de paños carmesíes rematados en globos de oro: bridones con sus jaeces tejidos con hilados de plata fina, que á la luz del sol ostentan sus cadenas y pretales, y camellos engalanados con cintas y conchas de Yemen, que á cada soplo del aire hacen sentir el son de sus ligeros cencerros. Ayer tan vasta llanura no conocia en todo su circuito mas que inercia y silencio; en toda ella no se oia mas bullicio que la caida de los lejanos torrentes ó la voz del pájaro-langosta cazando entre las malezas (4). Mas ¡oye! ¡qué discordia ya en los gritos, y qué risotadas y diversas aclamaciones que retumban en el aire! El relinchar de los caballos, las pisadas sonantes de los cargados camellos con los cantares de sus conductores (5), el ruido

(1) *La tela en que se envuelve*, tocante á las víboras que, segun Plinio, eran frecuentes entre los árboles balsámicos, me he informado muy particularmente; se me trajeron en efecto varias de aquellas vivas, tanto á Yambo como á Tiddi. *Bruce.*

(1) *Manzanas soleadas de Istkahar.* En el territorio de Istkahar se halla una especie de manzana, mitad dulce y mitad ágria. *Ebon Haukal.*

(2) *Mar de estrellas.* Es el lugar donde nace el Whanoho, ó rio de Tibet, y que tiene mas de cien fuentes ó manantiales que brillan á manera de estrellas, por lo que tiene el nombre de Hotunuor, esto es, mar de estrellas. *Descripcion del Tibet por Biukeriou.*

(3) *Columnas del Chilminar.* Se supone que los palacios de Chilminar y Balbee fueron construidos por los genios á las órdenes de Jan-ben-Jan, quien gobernó al mundo mucho antes del tiempo de Adan

(4) *El pájaro-langosta*, es natural de Corassan, y se deja atraer al Sur por medio del agua de cierta fuente que hay entre Shiraz é Ispahan, llamada la fuente de los pájaros, á la que tiene tanta pasion que adonde quiera que se lleve su agua, el pájaro la seguirá.

(5) *Y los cantares de sus conductores*, algunos camellos tienen campanas atadas al cuello, y otros las llevan en los piés, cuyo sonido unido á las voces de los criados y conductores, hace un ruido agradable, y se pasa la jornada alegremente. *Historia de los mahometanos, por Pitt.* El conductor sigue los camellos ya cantando, ya tocando su instrumento: cuanto mas alto cantan tanto mas anda el camello, y hasta cuando cesa la música, ya deja de caminar. *Tavernier.*

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

de las armaduras, el silbido de las banderas producido en el aire por millares de doseles, la música belicosa que de cuando en cuando rompia de los estrepitosos timbales, y cesando llenaban sus pausas los suaves resuellos de trompas y flautas, que á lo lejos dilataban su eco las notas del águila ó trompeta de Abisinia (1). ¿Quién conduce á estos poderosos escuadrones? ¡qué pregunta! ¿no se ve ya en aquellas banderas de color negro, la noche y la sombra (2), que ondean encima de esa tienda? Es el glorioso ejército del califa, quien asustado en su mismo palacio por las terribles alarmas que cada hora anunciaban el estruendo de las armas del falso profeta y sus infieles legiones, que han tirado el guante desafiando al islamismo y al mundo entero; llega, bien que exhausto con las guerras de la Grecia, desde el regazo y las celosías de su esplendoroso alcázar á vengarse ya en el ocaso de su reinado, de una blasfemia que manchara el fin de sus dias. Ha jurado por el santo sepulcro (3) vencer ó morir, habiendo desplegado sus sombrías banderas y ordenado sus victoriosas haces con la resolucion de anonadar á los rebeldes que están asolando su bella y favorecida provincia del sol. Hasta aquel dia jamás habia ostentado Mahadi tanta pompa en sus marchas, ni aun en su peregrinacion á la Meca, en la cual el mar y la tierra tuvieron que presentar sus mas magníficos tributos. En aquel viaje veíanse, en efecto, las frutas del Norte en medio de arena abrasadora, pero tan frescas por la nieve como si acabasen de salir de sus suelos nativos: en las ardientes regiones de la Meca, solia refrescar sus sedientos labios con urnas de las nieves de Persia (4): jamás habia salido del reino de los califas un armamento tan grandioso. En la vanguardia iban montados en sus ligeros caballos de estirpe real (5), los pueblos de la roca (6), luego los caudillos de Damasco engreidos con el brillo de sus ricas y embutidas espadas (7): gentes venidas de la embocadura del Volga interpoladas con los negros y adustos flecheros del Sur: lanceros indios ordenados con sus turbantes blancos salidos de la amena Sinde y de las sacras orillas del Attok, incorporados con las fuscas bandas de la tierra de la mirra (8), y numerosos moros armados con mazas é isleños del Mediterráneo.

Ni era menos vasta, aunque ruda y poco práctica en el arte de la guerra, la turba inflamada por el fanatismo ó agobiada por la opresion, que se habia alistado bajo el estandarte blanco del impostor, sin enumerar sus alucinados creyentes, que arrojados y ardientes como el viento Samiel, se habian unido á millares á los demás: los unos porque sentian el acero convertidor del sanguinario islamita, y los otros por temor de sentirlo. Caudillos de Uzbek que ondeaban con gracia marcial sus plumeros de garza (9): turcomanes tan innumerables como sus rebaños, salidos de los pastos aromáticos del Norte, los fieros adalides de las colinas de turquesa (10), y los que viven mas allá de las eternas nieves de Hindo Kosh (11) criados entre las borrascas de la libertad, cuyos fuertes son las peñas, y las madres del torrente, sus campamentos. Pero de cuantos reconocian obediencia al profeta, ninguno se avanzaba á la pelea con brazo mas esforzado, ni odio mas acérrimo que los hijos proscritos de Iren, aquellos adoradores del fuego (12) que suspiraban por vengarse del desapiadado sarraceno que los habia arrojado de su cara patria, usurpando su trono y derribando sus resplandecientes aras. Salian estos de la eterna mansion del fuego en Yezd (13), donde respiran entre sueños celestes sus antiguos santos; de Badku y de las fuentes de azules llamas que llegan ardiendo hasta el mar Caspio (1): todos á cual mas fieros y llenos de venganza, sin pararse por quién ó por qué descargaban sus golpes, con tal que sucumbiesen sus tiranos. Tal era la hueste feroz y amalgamada que agitaba el aire con sus diversas banderas en torno del jefe-profeta, clavando todos sus ojos en el velo de plata doquier que se dejaba ver en el borrascoso océano de la pelea, cual atalaya, ó arco-iris goteando sangre.

Dos veces el sol habia ya bajado al ocaso durante el conflicto, y vuelto á verle aun trabado; mientras subian al cielo unos vapores de aquella carnicería á manera de humo encendido por los rayos de un sol meridiano, ó como el soplo abrasador del desierto Rojo que aterra á las caravanas (2).

—¡Adelante, espadas de Dios! exclama el jadeante profeta: tronos para quien viva, y cielos para quien muera. ¡Adelante, valientes vengadores! exclama Mokanna, y alcance Eblis al cobarde esclavo que huya. Ya llega la prueba... ya se acerca la crísis de la jornada... ¡Qué crujidos! ya batallan... Ceden las tropas del califa... el mismo Mokanna arranca la bandera negra... y ya la corona imperial del Oriente está entre las uñas del profeta; cuando ¡oye! ¡qué voces! alguna mano ha reprimido, ha contenido la fuga del moslem. Ya vuelven, ya se reunen en torno de un guerrero parecido á aquellos jóvenes angelicales que con cotas de malla condujeron en gloriosa panoplea del cielo á los campeones de la fe por el valle de Beder (3): osado como si contase diez mil vidas, se vuelve contra los aceros de los crudos perseguidores, rechazando á la multitud enemiga hasta hacerla retirar; mientras la esperanza y el valor señalan sus pasos, haciendo con su ensangrentado acero profundas aberturas por donde se asoma la victoria. En vano Mokanna, en medio de la fuga general, se presenta como la luna enrojecida en una noche tempestuosa cuando las nubes fugitivas que se precipitan sobre su disco, nada dejan por agitar sino á ella. En vano da libre vuelo á sus desesperadas maldiciones, dando la muerte sin distincion alguna á cuantos le rodean, ya amigos que cobardemente huyen, y ya enemigos que le acometen; pareciendo á todos que es el primer y el mayor enemigo del género humano.

Cunde el terror; un milagro... ¡un milagro! se repite por todas las filas del moslem: todos gritan al ver un jóven cuya llegada parece un resplandor, una gloria cual se deja ver entre sueños, y cada espada sigue ya sus huellas con la fidelidad del imán contra las negras olas del mar. En derechura contra Mokanna dirige sus pasos aquel jóven con tanto ímpetu, como si un rayo de la ira celeste hubiese reservado todo su peso para la cabeza del peor, perdonando tan solo á las otras almas débiles y medio perdidas.

Vana fué su precipitacion; aun cuando en aquella hora sangrienta todos los serafines del cielo hubiesen cercado á Mokanna, de todos se hubiera reido su alma en medio de sus espadas de fuego, prontas á caer sobre él con la presteza del rayo. Mas la fuerza con que se precipitan los fugitivos, y que sobrepuja á la humana, ya arrastra hasta el mismo profeta; en vano se esfuerza para resistir al torrente de tantos millares desordenados: se engolfa él mismo en la corriente fugaz, y la sola esperanza que queda á su frustrado ánimo en tan forzosa huida, es matar á cuantos se le ponen delante: á manera de un espantoso tigre que cercado de noche por las aguas de un torrente en barranco incendiado, se vuelve, aunque ahogándose, contra el mísero rebaño que precisaron las derretidas nieves á salir de las peñas, devorando hasta el último extremo, y enrojeciendo con la sangre de sus víctimas el raudal que no puede calmar ni detener.

—¡*Alá il Alá*! renueva la alegre gritería... ¡*Alá akbar*! (4) colgad vuestras doradas tapicerías por las calles; iluminad vuestras aras, cantad vuestros *ziraleets* (5), que el califa ya está en Merou. Las espadas de Dios han triunfado; en su trono se halla ya sentado nuestro califa; ha huido el jefe enmascarado. ¿Quién hay aquí que no envidie á aquel jóven guerrero, ante quien con benigna autoridad se inclina el señor del islamismo? ¿Quién no extraña que circuido de millares de aclamaciones proclamando hasta el cielo su fama, en medio de la armonía sagrada de la celebridad que se hace resonar donde pisan las almas virtuosas, como la que acompaña la revolucion de los planetas, se aparte con frialdad, como si algun pesar pegado á su corazon se opusiera al lucimiento de su victoria?

¿Alguna pesadumbre callada á cuya triste luz no brillan sus hazañas gloriosas, sino acaso con débil lustre; sí, desgraciado Azim, tal es el dolor que te distingue, dolor que excede á toda esperanza, á todo terror y á todo alivio: como aquella oscura y fria calma que nada puede deshacer, atizar ni despejar, y que semejante á la laguna de la Siria (1), en cuya superficie en vano el alba estival derrama sus sonrisas; porque debajo todo está yerto y cadavérico. Corazones ha habido con que poco á poco ha llegado este peso de miseria á familiarizarse por el largo sufrir; pero en el tuyo, desventurado jóven, ha sido repentino, descargándose en el mismo instante en que todo te parecia éxtasis, cuando la reanimada esperanza veia convertida en lucimiento la lobreguez de lo pasado, haciéndote ver la aurora de la felicidad. Hasta en aquel mismo instante de la naciente alegría se reservó el golpe fatal de tu miseria, sofocando las ardientes efusiones de tu corazon, y convirtiendo sus últimas emanaciones en frias gotas congeladas como las de una fuente en el acto de salir, dejando en tu pecho un dolor tan fijo y duradero como su misma frialdad.

Un solo deseo, una sola pasion conoce el alma de Azim, y hace hervir el líquido vital en sus venas: la venganza, la insana venganza que respira contra el que labró su ruina y la de su amada. Por eso fué que, sabiendo en su fuga aquella noche tremenda, que la guerra amenazaba á Mokanna, que volvió con la celeridad de un buitre á reunirse bajo las ondeantes banderas de Mahadi, llegando á tiempo en que todo parecia perdido, para arrojarse en una lucha que decidió la suerte de un mundo. Para esto solo existe el jóven guerrero, bien que indiferente á todos los lauros que la gloria esparrama bajo sus plantas; tan solo para esto vive, como el encendido relámpago que despues de lanzado un rayo de venganza luego espira.

Pero vive aun aquel espíritu maléfico con las cortas reliquias de sus desesperados fugitivos, único elemento indómito que queda por destruir de todos aquellos orgullosos escuadrones que poco antes arrostraban al mismo cielo. Vive, sí, y Merou está aun en su poder, donde echando sangrientas execraciones sobre su perdido trono, cruza el rio Jihon (2), y recogiendo á cuantos fanáticos, creen ver á un salvador en su vencido jefe, se dirige con ellos á Neksheb (3), donde enarbolando la bandera blanca sobre sus puertas, aguarda impávido la llegada del conquistador. De todas las zumbosas abejas del harem, de todas esas criaturas que se cebaban en la dulzura y la música, no se llevó Mokanna mas que una cual compañera de su fuga, no de su amor, y menos por la brillantez de su hermosura; pues ya estaba marchita Zelica entre las demás, y pálida como la flor que cayó ayer del árbol *alma*, mientras hoy van llenando su lugar los tiernos brotos que le suceden.

En efecto, ¿qué amor podia tenerle aquel? Seria preciso que los réprobos mas hundidos en el infierno se conmoviesen con la luz del cielo, antes que su corazon conociese el mas mínimo impulso de tan divina pasion. No; que Zelica es su víctima; en ella y en sus gracias funda la victoria: gracias que nunca pueden empalagarle en tanto que se atice en su corazon el fuego del infierno, ó que á ella le quede un débil vislumbre del cielo. Labrar la ruina de un ángel; ver ennegrecida bajo su tacto la hoja cándida de la virtud; manchar con pecados mortales la blanca página, y sellar todo el escrito con el incendio de un alma abrasadora... hé aquí su triunfo; hé aquí su execrable alegría y el gozo que le coloca entre los mas ínfimos espíritus tartarios. Esto es lo que da á sus ojos á costa de una persona perdida y consumida, una gloria, un resplandor semejante al que difunde el fuego del infierno al rededor de la víctima angustiada que devora.

Mas ya le esperan otros ensayos: sí, tareas que exigen todas las negras travesuras de sus pensamientos y obras, no menos que el ejercicio de cuantas prendas le han deparado los *divas* (4) con mano pródiga. Ya se reparan mas allá en las llanuras, que de otra suerte cubriera el manto de la oscuridad, unas lámparas tan innumerables como las luces aladas que en las noches lluviosas brillan por los campos de la India (5), derramando su brillantez entre las lejanas tiendas del potente sitiador. Desde la oscura línea del horizonte contráese su brillo en círculos mas cercanos, hasta que por fin llegan á iluminarse las fuentes y los vergeles á que miran con orgullo las fortificaciones y la magnificencia de la ciudad. Impertérrito contempla Mokanna desde sus altas almenas aquel bosque de tiendas, y se sonrie pensando que á pesar de verse cercado y cogido como se hallaba, nada menos que millares de combatientes osan hacerle frente; y que sin amigos y destronado como se ve, basta para los enemigos sin cuento que tiene á raya.

—¡Oh! tuviese yo las alas del ángel negro que en un instante envolvió en las tinieblas la infinita hueste del rey asirio, para poblar esta misma noche las cavernas infernales con esos escuadrones...

(*Se continuará.*)

(1) *Trompeta de Abisinia.* Esta trompeta se llama en aquel pais *nesser cano*, que significa notas de águila. *Nota del editor de Bruce.*

(2) *La noche y la sombra.* Los dos estandartes negros que se llevaban delante de los califas de la casa de Abbas, tenian el nombre alegórico de noche y sombra.

(3) *El santo sepulcro.* Los persas juran por la tumba de Shad Besade, que se halla en Casbin; y cuando uno quiere asegurar una cosa alegada á otro, este suele preguntarle si se atreve á jurarlo por el santo sepulcro. *Struy.*

(4) *Las nieves de Persia,* nivem Meccam apportavit, rem ibi aut nunquam aut raro visam. *Abulfoda.*

(5) *Estirpe real,* aquellos caballos llamados por los árabes *cocklani,* de los cuales se ha conservado por espacio de dos mil años una genealogía escrita en que se dice traian su orígen de los bridones de Salomon. *Niebuhr.*

(6) *Pueblos de la roca,* habitantes de Hejaz ó Arabia petrea, llamados de la roca por un escritor oriental.

(7) *Embutidas espadas,* muchas de las figuras representadas en las hojas de sus espadas, están trabajadas en oro, plata y pequeñas joyas.

(8) *Tierra de la mirra,* Azal ó Saba.

(9) *Plumeros de garza,* los jefes tártaros de Uzbek llevan en su turbante plumas de la garza blanca. *Relacion de la Tartaria independiente.*

(10) *Colinas de turquesa,* en las montañas de Nishapour y Tous (en Corassan) se hallan turquesas. *Eben Haukal.*

(11) *Hindo Kosh,* véase la descripcion de estas estupendas cordilleras en el Caubul de *Elphinstone.*

(12) *Adoradores del fuego,* estos fueron los *guebres* ó antiguos naturales de la Persia, observadores de la religion de Zorastro, los cuales, despues de la conquista de su pais por los árabes, fueron perseguidos ó precisados á divagar por paises extraños.

(13) *Mansion del fuego.* Esta era la residencia principal de aquellos primitivos habitantes que daban culto al sol y al fuego, habiendo conservado el último sin extinguirse una sola vez por espacio de tres mil años en una montaña cerca de Yerd, llamada *Aterguedah,* que significa la casa ó mansion del fuego. Se tiene por desgraciado el que muere alejado de aquella montaña. *La Persia, por Stephen.*

(1) *Hasta el mar Caspio.* En una isla cerca de Baku, cuando el tiempo está cubierto, las fuentes de nafta suben hirviendo, y á veces se inflama este combustible en la superficie de la tierra corriendo en llamas hasta el mar á unas distancias increibles. *Hanway, sobre el fuego eterno de Baku.*

(2) *Las caravanas,* el viento del Sur, dice Savary, que reina en Egipto desde febrero hasta mayo, aparece á veces en forma de un impetuoso torbellino que pasando con rapidez, suele ser fatal al viajero sorprendido en medio del desierto. Le preceden unas columnas de arena abrasadora; se emboza el firmamento en una densa capa; el sol toma el color de sangre, y á veces se sepultan caravanas enteras.

(3) *El valle de Beder,* en la gran victoria ganada por Mahoma en Beder, fué auxiliado, dicen los musulmanes, por tres mil ángeles conducidos por Gabriel, que iba montado en su caballo *Hiaznw. Véase el Alcoran y sus comentadores.*

(4) *¡Alá akbar!* grito de guerra entre los árabes, que equivale á Dios es omnipotentísimo. *Ockley.*

(5) *Cantad vuestros ziraleets. El ziraleet* es una especie de coro que las mujeres del Oriente cantan en ocasiones festivas. *Russel.*

(1) *Laguna de la Siria,* el mar Muerto, que nada contiene de vida animal ni vegetal.

(2) *El rio Jihon,* el antiguo Oxo.

(3) *Neksheb,* ciudad de Transoxiania.

(4) *Divas.* Espíritus malignos en la mitología persa.

(5) *Campos de la India.* Carreri hace mencion de unas moscas ígneas durante la estacion lluviosa. *Véase su viaje.*

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

La Conserjería

Y EL DEPÓSITO DE LA PREFECTURA DE POLICÍA.

(Véase el número 852.)

II.

Cuando llaman al gabinete del juez de instruccion á uno de los detenidos en el Depósito, si está en celdilla, ponen sobre su puerta una placa con este letrero: *Extrait*; y terminado el interrogatorio, si el detenido ha de quedar preso, le trasladan á una de las cárceles de Paris. Algunos dias antes de la vista de su causa, vuelve á ese mismo lugar del palacio de Justicia, y entonces le llevan á la Conserjería.

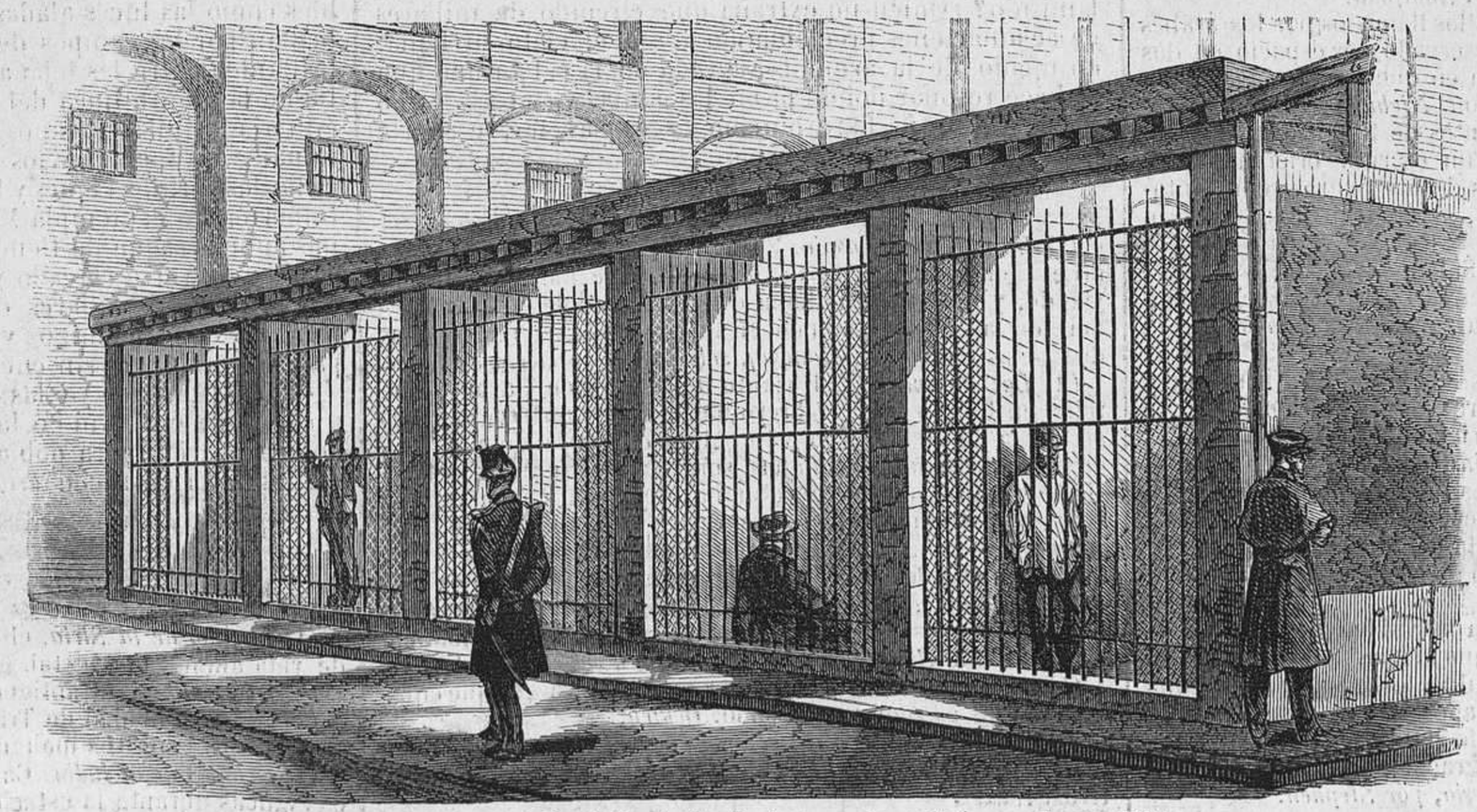
La Conserjería es la última de las antiguas prisiones de Paris. El Temple cayó, la Force fué demolida. Con su torre de César y su torre de Montgommery, la Conserjería queda en pié, aunque muy trasformada y sin conservar señales de la estancia de sus huéspedes ilustres, sino en su parte mas sombría. Antiguamente se penetraba en el patio del palacio por una puerta que ha venido á ser hoy la de un comisario de policía. La Conserjería se abria á la derecha en el patio, por la reja que aun se ve. Los condenados por el tribunal revolucionario subieron esos escalones: los carruajes de Fouquier-Tinville esperaban en el patio.

La visita.

Hoy la Conserjería cae al muelle del Horloge, y despues de atravesar un pequeño patio, se entra á la derecha en la cárcel por la espaciosa sala gótica que servia de sala de guardias en tiempo de San Luis. No hace mucho que la han restaurado, y se halla como nueva. El guardian nos enseña, entre las esculturas de una de las columnas, dos figuras de la edad media que llama él de Eloisa y Abelardo. Esta curiosidad, de una autenticidad equívoca, causa una profunda impresion á los visitantes extranjeros. Está visto que el hombre es aficionado á leyendas.

Vestíbulo de entrada.

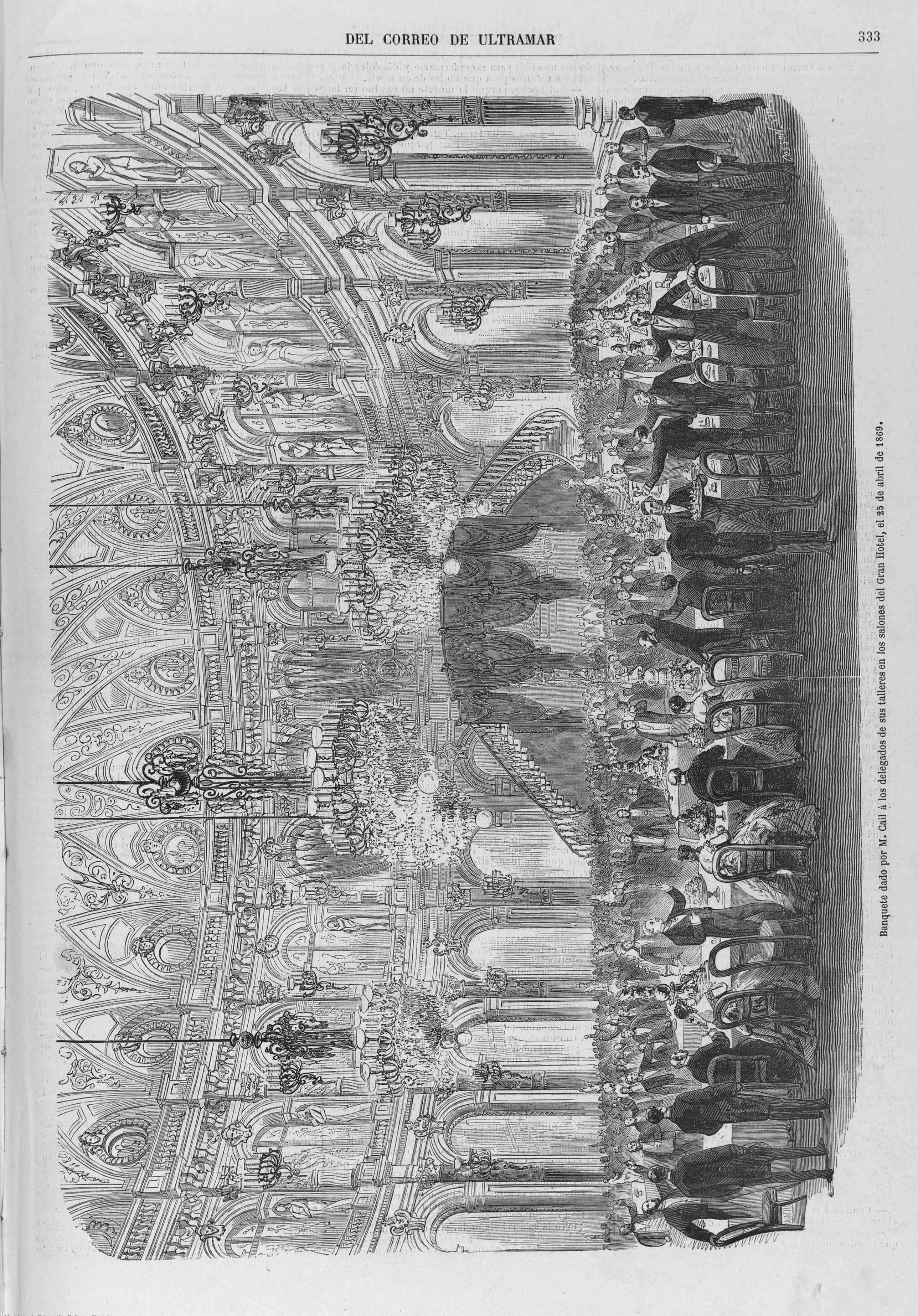
Aquí siempre está oscuro, y casi siempre están escondidas las luces. Es la noche eterna. Por la ventana se distingue un pedazo de cielo. ¡Con qué ojos los presos deben mirar por esa ventana cuando los sacan de sus celdillas llamados por el juez ó por el escribano! La escribanía está en esa sala á la derecha, y enfrente al otro extremo se abre negra é inmensa, al parecer, otra sala muy grande alumbrada por una luz rojiza, la luz del aceite. A decir verdad, no es mas que un ancho y espacioso corredor que conduce á los antiguos edificios de la Conserjería. Y á todo esto, por todas partes se ven las mismas celdillas.



La Conserjeria y el Depósito de la Prefectura de policía. — Las celdillas.

Al extremo de ese corredor se siente un frio húmedo. Diríase que las paredes chorrean, y que las losas del pavimento dan frio. Esa es la verdadera cárcel de otros tiempos. Desde que uno entra, siente los huesos helados; pero un buen olor de harina, un sabroso perfume llega de la panadería. Me enseñan una escalerilla de caracol que conduce á un piso superior donde están las celdillas en que

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Banquete dado por M. Cail á los delegados de sus talleres en los salones del Gran Hotel, el 25 de abril de 1869.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

encerraron á Orsini, Pietri, Gomez y Rudio. Dos guardianes les vigilaban en el interior de las celdillas.

Siguiendo ese corredor frio y enlosado que siguieron para ir al cadalso Camilo Desmoulins, Danton y Robespierre, se llega al calabozo de María Antonieta.

Esa puerta, con su cerrojo enorme y pintada de amarillo, es la misma que habia cuando la reina estuvo encerrada en ese calabozo frio y negro, que luego convirtieron en capilla para darle un carácter histórico. En el sitio que hoy ocupa el altar, habia una reja por la cual los guardianes vigilaban á la reina. Los carceleros enseñan dos malos cuadros ennegrecidos que representan á María Antonieta en ese mismo calabozo y á su salida de la prision del Temple. Pero estas pinturas no valen nada; y la miserable cama de la cárcel, que se hubiese quedado allí, habria sido mas elocuente.

J. CLARETIE.

(*Se concluirá.*)

Banquete ofrecido por M. Cail

Á LOS DELEGADOS DE SUS TALLERES.

El domingo último hubo en el inmenso salon del Gran Hotel un banquete en el que reinó la mas cordial fraternidad, y al que asistian industriales, comerciantes, diputados, generales, y un crecido número de obreros y empleados. El célebre industrial J. F. Cail daba este banquete á los delegados de sus talleres y á sus amigos, con ocasion de su reciente nombramiento al grado de oficial de la órden de Leopoldo de Bélgica y de comendador de la órden del Medjidie. Los obreros y empleados del taller de Cail habian abierto una suscricion para regalar á su jefe las insignias de las dos condecoraciones susodichas, y las sucursales de Denain, Douai, Valenciennes y Bruselas enviaron representantes á esta fiesta de familia. Se echaron diferentes brindis; el primero de M. Cail á sus colaboradores, el segundo de M. Cheilus á M. Cail; otro por M. Halot de Bruselas á la fraternidad industrial de la Francia y la Bélgica.

Un brindis de M. Bernardo Derosne, nieto del primer fundador de la casa, al emperador, á la emperatriz y al príncipe imperial, fué cubierto de simpáticos aplausos.

Luego M. Dureau, redactor del *Diario de los fabricantes de azúcar*, echó una rápida ojeada sobre los progresos que desde hace algunos años ha tenido la industria azucarera en las colonias y en Egipto.

M. Collignon, director de los talleres de Paris, tomó la palabra en nombre de los delegados de los obreros, y pronunció el siguiente discurso interrumpido repetidas veces por numerosas salvas de aplausos.

« Permitidme que en nombre de mis compañeros, los obreros y empleados en las oficinas y talleres, de dar gracias á nuestro digno jefe por las palabras que les ha dirigido.

» Sí, todos nosotros nos consideramos como soldados de la paz; pero si luchamos valerosamente, es porque estamos seguros de que la bandera está sostenida con mano firme; porque estamos seguros de que el general vigila, que se halla siempre el primero en su puesto y se queda el último. Todas las mañanas al levantarse, así como por las noches, cuando se acuesta se hace esta pregunta: ¿Cómo garantizar la campaña próxima á ese ejército pacífico cuyo cuerpo principal está en Paris, cuyos destacamentos están en Denain, en Valenciennes, en Douai, en Bruselas; cuyos exploradores, á veces hijos de nuestro jefe, recorren nuestras colonias, la América española, la Rusia y el Egipto, prodigando sus esfuerzos, por doquiera hace falta suscitar un progreso, por doquiera se encuentra trabajo para nosotros en recompensa de esa iniciativa?

» Doblemente nos enorgullecemos con llevar adelante ese trabajo: como obreros, tratamos de dar á nuestra maquinaria la hermosura de ejecucion que en otro tiempo correspondia solo á los que se llamaban artistas; y como ciudadanos, sabemos que nuestra tarea no es infructuosa, y que mediante nuestra cooperacion cada uno de nosotros contribuye por su parte á la emancipacion general.

» Brindo pues á nuestro jefe y á su familia; brindo á su segunda familia, la de sus colaboradores, que para él tiene tantos lazos con su familia natural; y brindo á nuestra union, imágen y símbolo á la vez de los empresarios y de los obreros. »

Finalmente, M. Alfredo Cail, hijo primogénito de M. J. F. Cail, dió gracias por este brindis en su nombre y en el de su hermano ausente. L. C.

Manuela,

NOVELA ORIGINAL POR EUGENIO DIAZ.

(Continuacion.)

— Cuando á la muerte no se la tenga mas miedo que el necesario, entonces las cosas irán de otro modo.

— Pero sus mercedes los ricos le tienen mas miedo que nosotros los pobres; porque siempre los veo tomando sus medidas para no enfermarse y dándoles la plata á los médicos para que no los dejen morir.

— Mal hecho, porque la muerte no es sino un largo sueño, como decian los indios del Perú.

— Sí, mi amo, un sueño muy largo; pero quién sabe por qué será que hasta los animales le tienen tanto miramiento á ese sueño largo. Tal vez lo hizo mi Dios así para que cuidemos de la vida; porque entre animales eso da grima. ¿No ha oido su merced bramar los toros cuando se muere alguna res?

— ¡No, hombre!

— ¿Conoce su merced la hacienda de la Chamisera?

— Sí, hombre.

— Pues le contaré á su merced, que cuando yo estaba allí de concertado, se murió un toro cerca de la casa, de la enfermedad de ranilla, y como le quitamos el cuero se regó la sangre fresca en el llano; pero ¡Ave María! no se puede figurar mi amo don Demóstenes la bramería que se levantó esa noche por todos esos llanos, peor que cuando tocan las trompas, los violones, las cornetas, flautas y los violines en el entierro de alguno de sus mercedes los ricos en las iglesias de Bogotá. Yo no sé cómo no me morí esa noche de la pena, y para eso que se habia muerto un hermano mio dos meses antes. Vino un toro de los mas ariscos, olió la sangre, clavó el hocico contra la tierra y dió un bramido que parecia que se habia rebullido toda la sabana. Llegaron en seguida los demás toros y todos juntos siguieron el empeño de bramar con todo su ánimo, y aquello no parecia sino un canto de la otra vida. Figúrese su merced, veinte toros bramando sin cesar. ¿Cómo seria aquel alboroto? A mí se me espelucaba el pelo de la cabeza, y como que me daban ímpetus de llorar tambien, y me salí al llano á ver si podia espantar al ganado, pero ya los toros de la hacienda de Techo, que habian oido la bramería de los toros de la Chamisera se habian acercado á las tapias del cespedon de los linderos, y habian armado la bramería, y lo mismo los del Salitre, y lo mismo los del Tintal, y aquello era para correr á esconderse uno en el mismo cabo del mundo, ¡Ave María, Jesús credo! ¿No ve su merced, cuántos lamentos por un solo toro? Y yo creo que los animales que no braman sentirán á sus prójimos de esta misma manera. De estas bramerías se arman en todas las haciendas, pero yo le confieso á su merced la verdad pura, que otras veces no he tenido tanto miedo. Tal vez seria por estar tan reciente la muerte de mi hermanito.

— ¿Con que tuviste miedo? ¿y por la muerte?

— Pues sí, mi amo, ¿para qué se lo voy á negar á su merced?

— ¿Y el año de 54 cuando te avanzabas hasta los egidos de Bogotá, á quitarle los caballos al general Melo, no te daba miedo? ¿Y el 4 de diciembre no te dió miedo cuando entraste á la plaza de la Constitucion, dando fuego contra las tropas del gobierno provisorio?

— Pues al principio, tuve algo, pero á lo último no tanto, mi amo.

— ¿Y por qué no le tuviste miedo á la muerte en esa vez?

— Quién sabe, mi amo.

— ¿Cómo quién sabe? ¿Por quién exponias tu vida el año de 54?

— Por mi coronel Ardilla.

— ¡No, hombre! La vida, la hacienda y el honor se empeñaban el año de 54 por salir de los revolucionarios que quebrantaron la Constitucion; mas claro, por defender los derechos del pueblo, por eso fué que se levantó en masa toda la república.

Habian llegado á la posada el amo, el criado y el perro, y todos tomaron sus colocaciones, pero don Demóstenes no se acostó á roncar en el momento como José y Ayacucho, porque su corazon sostenia una lucha de afectos que no le dejaba dormir hacia mas de ocho dias, lucha que se sostenia entre unos ojos negros y unos pardos; un amor que nacia y otro que llegaba al ocaso. Don Demóstenes se esforzaba en ahogar los recuerdos de Cecilia con los encantos visibles de Clotilde, por el justo resentimiento que le habia ocasionado su carta un poco fuerte, en que ella se denegaba á seguir sus opiniones religiosas. Cerca del amanecer se quedó dormido el bogotano, pero un latido que dió Ayacucho por equivocacion, á las caseras, lo despertó muy á destiempo. Estas habian entrado por la puerta secreta del corral, y no siendo reconocidas, dió el perro un latido estupendo que despertó al pobre caballero.

Pachita y doña Patrocinio no despertaron hasta las ocho, pero Manuela se levantó á las siete á llevarle el café al bogotano, porque era la que menos se descuidaba con los compromisos de la posada.

— ¿Qué tal noche? le preguntó Manuela á su huésped.

— ¡Oh! de lo mas detestable. He soñado viendo obsequiar á un muerto con maroma, pantomima y encierro de toros, que es poco mas ó menos lo que he visto anoche; he soñado viendo un eclipse de lo mas raro, esto es, la presencia de Clotilde tratando de anteponerse al disco precioso de Cecilia.

— Ese último sueño consiste en que Vd. á la que quiere es á la catira. Dele licencia de que oiga misa y se confiese, y verá Vd. cómo no hay mas desvelos ni mas eclipses, ni mas suspiros entre la hamaca. Y que esa es la que á Vd. le conviene para casarse: rica, santa y bonita, ¿qué mas se quiere Vd.? Hasta le puede castigar Dios la soberbia, dándole por esposa alguna fea mas alegrona que una trapichera y mas brava que una taya de quince años.

— ¡Pero la sotana! Manuela. ¡La camándula, la teocracia, la sacristía! ¿Cómo puede ser eso?

— ¡Muy bien! ¿No es tolerante Vd.? ¿O es que usted habla solamente de la tolerancia para que lo toleren, pero no para tolerar, ó cómo es eso? Y si lo mismo es la igualdad y la libertad quedamos bien airados. ¡Y todos creyendo lo que Vds. dicen! ¡Y tan serjos como dicen sus cosas para entretener á la gente! Si Vd. hubiera oido hablar á don Alcibiades de igualdad, eso daba gusto. ¿Y qué le parece don Tadeo, cuando se ponia á predicar contra los ricos á nombre de la libertad? Ya verá como ni Vd., ni don Alcibiades, ni don Tadeo son tales liberales, porque del decir al hacer hay mucho que ver.

— Ya tú no hablas sino de política.

— ¿Para qué me han enredado? Nada sabia yo de esas cosas hasta que don Leocadio, don Alcibiades y usted me enseñaron. Para que vea lo buenos que son los hombres.

A poco rato que Manuela salió con la taza y el plato, se vistió don Demóstenes y salió á preguntar por la mesa, pero no con arrogancia como la víspera, sino con palabras muy comedidas.

— ¿Hoy si podemos contar con la mesa grande? preguntó á doña Patrocinio.

— No, señor, le contestó la patrona.

— ¿Mañana?

— Puede ser, si la desocupan.

— Tenga Vd. la bondad de explicarme los motivos que me privan del derecho que tengo á la mesa grande; porque como Vd. recordará, el derecho de usar de la mesa grande y de la silla jesuítica entraron en el negocio del arriendo. De manera que si Vd. tuviese la fineza de dar sus órdenes para que la traigan, yo se lo estimaria de mi parte, y además se cumpliria con uno de los artículos de la contrata, pues á mí me gusta que las cosas vayan en órden y que se haga todo á las buenas, y mucho mas entre nosotros. Ojalá, si acaso es posible, pueda venir la mesa antes de que yo me vaya á una correría proyectada con el señor cura, el cual me ha convidado á buscar una planta, y estoy deteniendo algunos minutos para dejar extendidas sobre la mesa unas flores y cortezas que estoy preparando.

— Pues, señor don Demóstenes, yo le agradezco á usted todas sus bondades y no dejo de reconocer que usted tiene mucha razon en todo lo que me dice; pero en cuanto á la mesa grande tengo el sentimiento de decirle que por hoy no la espere, por el motivo de que mi comadre Remigia, la mujer del sacristan, se empeñó con Manuelita para que le prestase al angelito, para bailarlo en su casa hoy y en toda la noche.

— ¿Y mi ruana y mi pañuelo, mi espejo y mi candelero?

— Todo conforme estaba.

— ¡Con que bailar, y mas bailar! Aunque viéndolo bien, la filosofía de Marta va perdiendo el miedo á la muerte, y al fin se tendrán que persuadir todos los parroquianos de que la muerte no es otra cosa que un largo sueño. Yo lo que temo es que ese cadáver se corrompa y nos apeste el lugar. ¿No andan ya las moscas en torno del angelito?

— Sí, señor; pero se les quema cáscaras de limon y boñiga para desterrarlas.

— ¿Y Manuela, dónde está?

— Está durmiendo un ratico, para irse á bailar al ahijado luego que se levante.

— Yo me voy y no vuelvo hasta mañana, salúdeme usted á Marta y á Manuela, y dígales de mi parte que guarden piés para las fiestas.

Fué mucho mas concurrido el baile en este dia y en la noche consecutiva; á la mañana siguiente se le dió sepultura al angelito.

Toda la música, menos la carraca, partió de la casa del sacristan al cementerio. Detrás iba el angelito, conducido en alto sobre la cabeza de *ñor* Dimas, cubierto el ataud de género blanco y adornado con flores amarillas y blancas.

El hoyo estaba listo debajo de un árbol de ambuque, cuyos gajos y retoños, con otros arbustos y bejucos, hubo que rozar con los machetes, para poder cavar la tierra. *Ñor* Dimas se descargó del féretro con ayuda de Marta y Manuela y lo puso en el asiento del hoyo. Manuela echó una manotada de tierra y despues la imitaron algunas mujeres del pueblo, las cuales rezaban el credo, á medida que la música de los tiples y las guacharacas ejecutaban un torbellino de lo mas alegre.

Despues de pisado el hoyo, puso el sacristan una cruz de palo en los gajos del ambuque, que aderezó y amarró con un bejuco que serpenteaba por entre las ramas del árbol.

Las promujeres del partido tadeista no fueron al cementerio. Es tanto lo que predomina el espíritu de partido, que los odios y rencores se extienden hasta á los muertos, y hasta á los muertos inocentes, de manera que siguiendo la revolucion y los trastornos gubernativos en la Nueva Granada, en vez de fraternidad y filantropía cundirán los odios cada dia mas y la desmoralizacion completa.

Pia se fué por la tarde á la montaña, llevando varios regalos que le hizo su comadre, y no se volvió á hablar de ella para nada.

Se sabe que don Demóstenes le dijo al cura en su paseo:

— Me he quedado aturdido de que la Iglesia y el gobierno estén dejando correr adelante este abuso criminal de bailar dos ó tres dias á los muertos de corta edad.

— ¿Y cómo le parece á Vd. que esto pudiera evitarse?

— La religion de Jesucristo es una religion pura, santa y en extremo filantrópica; la religion católica que

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

constituye una de sus ramas, quitándole la unidad que representa el papa de Roma, es una de las mejores religiones que hoy se veneran en toda la tierra; sus ministros están acreditados para con el pueblo, y con solo una indicacion que estos aventuren, desaparecerá de todas las parroquias la infame costumbre de bailar á los niños muertos. El cabildo por su parte, pues es el soberano congreso de la parroquia, puede prohibir con penas muy severas las orgías angelicales.

Tambien se tiene noticia de la respuesta del cura, que fué esta:

—Me reservo para despues la explicacion de varios de los conceptos y de la idea del señor don Demóstenes, y le contesto por ahora que la religion católica, esencialmente unitaria y rígida, aconseja la extirpacion de los abusos y las costumbres supersticiosas; pero no manda sino en los casos de doctrina y de fe religiosa. Desgraciadamente las preocupaciones se resisten aquí como en todas partes. En cuanto al gobierno hay una distincion muy justa: los gobiernos tiránicos y absolutos pueden castigar á sus súbditos cuando no obedecen, y si no los sujetan, pueden atormentarlos por lo menos cuando se trata de los usos inveterados; pero en los gobiernos republicanos, en los cuales manda el pueblo, no sucede lo mismo, porque el pueblo ama sus costumbres, y si hay legisladores que ataquen bruscamente las costumbres del pueblo, entonces no son apoderados del pueblo, porque los poderdantes jamás dan poderes contra sí mismos; entonces deja de ser republicano el gobierno, porque deja de mandar el pueblo. No obstante, le ofrezco á Vd. predicar el domingo contra el abuso de bailar los angelitos.

—Y yo ofrezco escribir un articulo de costumbres.

XXIV.

EL SAN JUAN.

Desde su llegada á la parroquia habia oido hablar el señor don Demóstenes del San Juan, como de una época muy singular; y en efecto, mientras mas se acercaba el suspirado dia 24, mas concurridos estaban los caminos y los mercados, mas risueñas y amorosas se mostraban las hijas del pueblo y mas alboroto se notaba en las tiendas.

Don Demóstenes se habia ido al Botundo el dia 23 por la mañana, porque le habia ofrecido Pia un chilaco vivo y unas mariposas raras. A la bajada oyó cohetes y música en muchas de las estancias, algunos gritos y tiros de escopeta, y al pasar por la estancia de Venancio, que estaba en la márgen del camino, este sugeto se le puso por delante y le gritó dirigiéndole la palabra:

—¡San Juan!

Pero viendo que ni respondia ni se detenia don Demóstenes, le repetia la misma voz añadiendo:

—¡San Juan callado!

Otro sugeto dijo entonces:

—Tan callado como su perro, porque parece que son de una misma *creyencia*.

—Con los masones no hay San Juan que valga, dijo otro.

Don Demóstenes entendió que aquella gente estaba achispada y que si se ponia á hacerles caso podria salir muy deslucido; siguió bajando, á tiempo que en la estancia se aumentaron los gritos de ¡San Juan, San Juan! y la tambora y los cohetes hacian retumbar las lomas y la montaña.

Siguió su camino, y cuando pasaba por frente de la estancia de Chepe Moreno oia los mismos gritos, y vió un corrillo en el patio, en el cual se cantaba y se tocaba, y al verlo repitieron la misma voz que le habian dirigido en la estancia de arriba. Un hombre se desprendió del peloton y vino á salirle al frente, pero don Demóstenes no se afanó, porque conoció que aquel era su camarada Dimas, quien lo saludó de esta manera:

—Grite San Juan, mi amo don Demóstenes, que hoy es el dia mas grande que hay en el mundo.

—¿Qué hay, taita Dimas? le dijo el caballero.

—Que arrime su persona para allá dentro, para que nos ayude á celebrar á mi padre y señor San Juan.

A este tiempo se acercaron Paula y Rosa al cazador y lo comprometieron á ir al patio, donde estaba una multitud de personas conocidas suyas, como Simona Páez y sus dos hermanas, y toda la gente del partido de Manuela. Rosa sacó un vidrio con mistela de café, y un plato con mantecadas y lo comprometió á probar la mistela, y al punto se levantó una vocería general á los gritos de ¡San Juan, San Juan!

Un estanciero llamado Faustino sacó á bailar á Rosa, y allí en el patio, al son de los tiples y guacharacas bailaron el torbellino; luego se siguió otra pareja, y mientras tanto Paula traia de la mano una muchacha bonita, con todas las cualidades de una verdadera campesina, estanciera ó aldeana, robusta, de buenos colores y vergonzosa, lo que era un verdadero prodigio. Esta era Anita, hija de Narcisa, la cual, poseida de sentimientos religiosos, habia conseguido con su patron don Eloy un indulto para sus tres hijas, para que no fuesen obligadas por el mayordomo al trabajo del trapiche. Don Demóstenes, buen fisonomista y observador de costumbres, conoció de pronto el mérito de la estanciera. Paula estaba al frente, y tomando la palabra con franqueza y resolucion, dijo á don Demóstenes:

—Aquí le traigo una muchacha nueva que Vd. no conocia; mi parienta Anita, que vive en la última estancia de las tierras de don Eloy.

—Tengo la honra de ofrecerme, contestó el bogotano.

—Diga, mil gracias, primita; no sea tan corta.

Se apareció *ñor* Dimas con un vaso de aguardiente puro, aromático y fragante como un estanquillo, y quitándose el sombrero con la mano izquierda, le dirigió á su compañero de cacerías esta perorata en voz alta y sonora:

—Hoy es el dia de mi padre y señor San Juan, en que estamos obligados los fieles cristianos á alegrarnos para darle cumplimiento á mi padre y señor San Juan. Por eso me ha de hacer la satisfaccion, su persona honrada de *aceitarme* este traguito, á nombre de mi patriarca señor San Juan.

—Mil gracias, dijo don Demóstenes con una amable sonrisa, y levantando el vaso, tomó lo menos que pudo, nada mas que por cumplimiento, porque á don Demóstenes no le gustaban estas bebidas demasiado populares.

—¡San Juan, San Juan! gritó todo el corrillo, y pidiendo permiso don Demóstenes, continuó su viaje, seguido de su fiel Ayacucho. En la estancia siguieron los gritos, los cohetes y los tragos.

Cuando el bogotano llegó á la parroquia la encontró casi desierta, porque todas las gentes hábiles se habian salido á las estancias. Se asomó á la plaza y no vió sino la mula y el cordero del señor cura, pastando la hermosa y levantada grama, y un polluelo que cogia los saltones ó chapales que brincaban á lo que se adelantaban los cuadrúpedos. Ayacucho se arrimó y abusando tal vez de la tolerancia, se excedió en caricias con el cordero, tirándolo de la lana; este se metia por debajo de la mula, y ella cogia al perro del cuero del espinazo en ademan de levantarlo, cuya escena solitaria entretuvo al bogotano por algunos momentos, hasta que levantó la vista al lado de la triste fachada de la iglesia y vió en el largo corredor de la casa cural al párroco, vestido con sotana, paseándose con el breviario en la mano, y luego se arrodilló, y poco á poco inclinó la cabeza hácia el suelo.

Se fué á su posada don Demóstenes, y luego que se dejó caer en la hamaca, que ocupaba la mitad de la sala, llegó á sus oidos una voz de la alcoba, que decia:

—¡San Juan! don Demóstenes. ¡San Juan! ¿Y no responde?

—¿Qué quieres que responda? le dijo el huésped á Manuela, que era la que le hablaba.

—Pues se responde ¡San Juan! ¿Luego Vd. no es cristiano?

—Ojalá que me hubieras instruido de antemano, porque te aseguro que los rústicos me lo han entripado al pasar por frente de la casa de Chepe Moreno, gritando ¡San Juan! y molestándome como no hay idea; y si yo les hubiera dicho ¡San Juan! la cosa hubiera sido de otra manera. Te aseguro que todos ellos son unos salvajes.

—Unos bribones, dijo Manuela, sin salir de la alcoba; porque ahí están metidas la Cecilia, la Víbora, la Nicolasa, con toda la camada de los tadeistas y de la sociedad baratera; y si lo han tratado de burlar á usted es porque lo ven así con zapatos y con su levita larga, como inglés viejo. Los tadeistas no se dejan, aunque los tenemos por debajo con la derrota del rey de la parroquia.

Se dilataba en salir la casera, porque se estaba poniendo de punta en blanco para empezar la funcion de San Juan, en cuyas vísperas se andaban. Don Demóstenes habia llegado cansado y el movimiento de la hamaca lo tenia tan aletargado como los cojines y el opio á los turcos; pero cuando Manuela abrió las dos piezas de la cortina de su alcoba, y se quedó parada por un instante, don Demóstenes saltó lleno de vigor, é improvisó este discurso:

—¡Bienaventurado San Juan, que aumentas la belleza de tus siervas! ¡Yo tambien te saludo entre los tuyos! ¡Oh Manuela, te hallas hoy seductora como nunca! Tu sonrisa es celestial, tus ojos divinos, tu talle de cinturera es primoroso, tus piés descalzos tienen el mérito de representar la clase del pueblo. ¡San Juan, Manuela! ¡San Juan, San Juan!

—¡San Juan! respondió Manuela.

—¡Hoy es cuando Dámaso va á tener envidiosos! le dijo el huésped.

—¡Naaada! le contestó ella, tratando de pararse para seguir adonde la llamaban sus deberes, porque todas las compañeras se habian ido á casa de Marta y tenia que ponerle la comida al alojado.

—¡No me hagas desgraciado, Manuela! ¡No te vayas de aquí nunca!

—¿Y la comida?

—Tu presencia quita el hambre y todas las necesidades humanas.

—¿Está loco?

—¿Porque no puedo resistir á los encantos de tu hermosura?... Sí, Manuela, estoy loco. Pero nada mas te diré, porque para tí no hay elocuencia, no hay interés, no hay seduccion; pero ni lástima...

—¿Lástima de qué? dijo Manuela riéndose; ¿de oirles decir lo que les dicen á todas? ¡No se afane!

—Ni violencia, ni estrategia, continuó don Demóstenes; porque el monarca tampoco ha podido hacerse escuchar de tí.

—¿Por qué no, cuando yo les oigo á todos?

Despues que Manuela le sirvió la comida al alojado, se fué á una estancia donde habia baile y estaba su prometido, no quedándole á don Demóstenes mas compañía en toda la casa que su amigo Ayacucho.

Antes de acostarse, don Demóstenes se asomó á la esquina de la calle, y desde allí oyó los cohetes, los gritos y los tambores de varias estancias de la loma; y viendo que la tormenta sonaba lejos se metió en su alcoba y se acostó, muy seguro de poder dormir con toda tranquilidad, aunque es cierto que la Constitucion del 21 de mayo, que garantiza la palabra, no garantiza el sueño, porque un enfermo no puede clamar contra los platillos y la tambora, que se le toca en sus linderos. Se durmió.

De repente se estremeció el bogotano por un grito de ¡San Juan! que le dieron en los oidos. Levantó los ojos y vió dos devotas de San Juan graciosamente vestidas con camisas bordadas y enaguas de cintura, se refregó los ojos y conoció á Marta y á Manuela, que habian invadido los dominios de su catre.

—¿Qué hay? les preguntó entre sorprendido y halagado por la vision nocturna, que al principio tuvo por un sueño de hadas.

—¡Que se levante, no es otra cosa!

—¿Y para qué me necesitan Vds. á estas horas?

—Para que se vaya á bañar á la quebrada.

—¿Estoy inmundo, por mi desgracia?

—Es porque el agua corre bendita.

—¿Quién madrugó á bendecirla?

—No sea tan, tan, tan... ¿no ve Vd. que es el dia de San Juan?

—¿Y qué?

—Que todos los cristianos nos tenemos que lavar.

—¿Y si me excuso por enfermedad?

—No le admitimos excusa ninguna.

—¿Y si me resisto y me defiendo?

—Nos lo llevamos entre todas como gusanito que entierran las hormigas cargamuertos.

—¿Cuáles son todas?

—Yo, Sinforosa y sus dos hermanas, Rosa de Malabrigo, Paula, Clemencia...

—¿Y Anita?

—Tambien. Levántese á verla... Tome, póngase la corbata, le dijo Marta.

—Y aquí tiene las botas, dijo Manuela.

—¿Se pone chaqueta ó levita?

—¿A qué tanto afan? Déjenme vestir á todo mi gusto.

—Pero no nos detenga, que ya quiere venir el dia.

—Póngase esa bota, cristiano, que Vd. parece perico ligero en el modo de levantarse.

Se salieron las camareras de don Demóstenes á decir que ya salia, y los aires, los edificios, las montañas y los bosques resonaron con los gritos heróicos de ¡San Juan, San Juan! y luego que el caballero salió á la puerta de la calle, marchó entre todo el acompañamiento del partido de Manuela, en el cual iba Dámaso, el envidiado de don Demóstenes.

La procesion desfiló bajo los auspicios de dos faroles de papel y uno de vidrio, al mismo tiempo que se victoreaba á San Juan y se tocaba el torbellino en la banda de la parroquia. El camino era angosto y difícil por las angosturas y los obstáculos del bosque; pero el viaje era corto y en aquellos momentos feliz.

Era increible la presteza con que caian al charco los devotos de San Juan, haciéndose notar por el ruido sobre las aguas, á la manera que caen á la laguna los patos que descienden del aire, siendo de advertir que las señoras Patrocinio y Visitacion no fueron de las últimas.

Habiendo de pintar el drama completo del baño del San Juan, el órden exige que se describa la naturaleza del teatro. En lugar de las tablas se veia la tersa superficie del pozo del Guadual, de veinte varas de largo. Los costados eran figurados por los troncos de las palmas y guaduas, y algunas piedras medio cubiertas de helechos y palmicha; las trochas ó sendas que llegaban á la orilla tenian toda la apariencia de las grutas, por la oscuridad de la noche, que le daba una vista mágica al bosque de los centornos. El techo estaba formado por la trabazon espesa de los cogollos de las guaduas y por las hojas de las palmas de cuesco, enredadas por los bejucos de las nechas y gulupas, de las cuales colgaban las frutas y flores. Los faroles, colgados de las gruesas espinas de las guaduas, iluminaban el charco, aunque la luz era defectuosa. El sonido de los tiples y bandolas armonizaba con el ruido de la quebrada; esta clase de música desempeñaba la orquesta, aun para el gusto delicado de don Demóstenes, que resumia las funciones de público, habiéndose quedado solo por olvido de la priosta de la funcion. No creemos que el arte haya superado nunca en los mejores teatros de Paris ó Roma las decoraciones del que nos ocupa. Solamente la naturaleza silvestre de América puede ofrecer esta clase de adornos materiales.

Es tiempo de ver el drama. Manuela se distinguia entre media docena de actrices jóvenes y poseidas perfectamente de la situacion; mujeres de poca nota y muchos hombres de la clase del pueblo figuraban en la escena, desempeñando el primer papel Dámaso por su historia y sus relaciones. El chapaleo, las consumidas, las travesías y las ráfagas de agua iluminada por los tres faroles, daban á la funcion un mérito soberbio, y los rostros de las ninfas del charco, animados por la confianza y la alegría, daban á la escena todos los encantos de la magia. La risa, los gritos, los juegos, los dichos amorosos y las aclamaciones de ¡San Juan, San Juan! completaban el placer de la ablucion. Ayacucho figuraba tambien en el pozo, consumiendo, chapaleando y á veces latiendo: solo un papel habia desairado, el de José, quien por no saber nadar no podia gozar del placer del baño.

Don Demótenes, único espectador inactivo, se diver-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

tia desde un barranco cubierto de palmichas, mirando los prodigios del baño y sintiendo no tener su binóculo, porque la media luz de los faroles no alumbraba todo lo necesario para poder ver los bustos de las parroquianas reapareciendo sobre la superficie con su pelo, cejas y pestañas chorreando las gotas de agua iluminadas por reflejos de las luces artificiales que daban una ilusion enteramente mágica, muy sorprendente para el que, por primera vez, veia esto. Anita Reyes no cedia en gracias ni hermosura á ninguna de las parroquianas, y cuando don Demóstenes la alcanzaba á ver, palmoteaba. Pero su goce de espectador no le duró sino pocos momentos.

Luego que Marta echó menos al bogotano, convidó á Rosa, á Paula y á Manuela, lo aprehendieron en su palco de piedras, y Marta le dijo:

—¡Hola, amigo! ¿con que usted no se baña?

—Me hace daño á estas horas.

—Es flojera la que tiene, dijo Manuela; vamos, al agua; ¡arriba, arriba!

—Me enojo, les contestó don Demóstenes.

—No importa, tendrá el trabajo de contentarse otra vez.

—¿Vestido? preguntó don Demóstenes, conociendo que no habia remedio contra la conspiracion de las parroquianas.

—¡Yo le quito las botas! exclamó Paula.

—Y yo la chaqueta, dijo Marta; y lo comenzaron á desnudar.

—Llevémoslo así como está, propuso Manuela, lo que fué aceptado; don Demóstenes, cediendo al derecho del mas fuerte, que es el que rige en la Nueva Granada, se dejó llevar en triunfo y se conformó con entrar al pozo acompañado de sus perseguidoras.

—¡San Juan, San Juan! gritaban todas las parroquianas, embriagadas de placer por el triunfo: esta exclamacion fué repetida por todos, y la música y los cohetes resonaban para hacer mas completa la victoria y la alegría producidas por la entrada del prisionero al charco.

A este tiempo les repartió doña Patrocinio á los devotos de San Juan unas cuantas botellas de aguardiente, continuándose entre tanto el baño bajo los auspicios del contento del buen humor.

De repente se oyeron muchos cohetes, gritos, sonido de atambores y una algazara salvaje que ahogaba el ruido de la quebrada y la música de la funcion. Pronto se comenzaron á salir las muchachas del pozo murmurando, y algunas maldiciendo, segun parece. El silencio reemplazó al entusiasmo. Todos se vestian de prisa.

Manuela habia tenido la precaucion de mandar á José por ropa para su huésped; este se estaba vistiendo cerca de doña Patrocinio, y aprovechando la circunstancia de la vecindad le dirigió así la palabra:

—¿Qué novedad tenemos?

—¿No ve Vd. las infamias de los tadeistas?

—No las veo, doña Patrocinio, le hablo á usted...

—¿No oye, pues, los cohetes, los relinchos de las trapicheras y los aullidos de los hermanos de la sociedad cuatrera?

—Oigo muchas risotadas y gritos; pero ¿eso por qué hace que se salgan las muchachas tan aprisa y á tiempo que me estaba gustando el baño de la madrugada? Y que para mí ha sido un verdadero chasco, porque no hacia ni tres minutos que me habian echado al agua, y cuando yo estaba resignado, salimos con que se dió término á la funcion, lo cual equivale á lo que un autor célebre ha llamado «la pena de la esperanza burlada.»

—¿Luego no sabe Vd. que las tripicheras no se lavan el cuerpo sino por San Juan y por Nochebuena, y que la manada de tadeistas se compone de la gente mas *frondia* del distrito?

—Todo eso lo supongo; ¿pero qué sacamos?

—¿Cómo qué sacamos? ¿No ve Vd. que la quebrada trae poca agua por el verano?

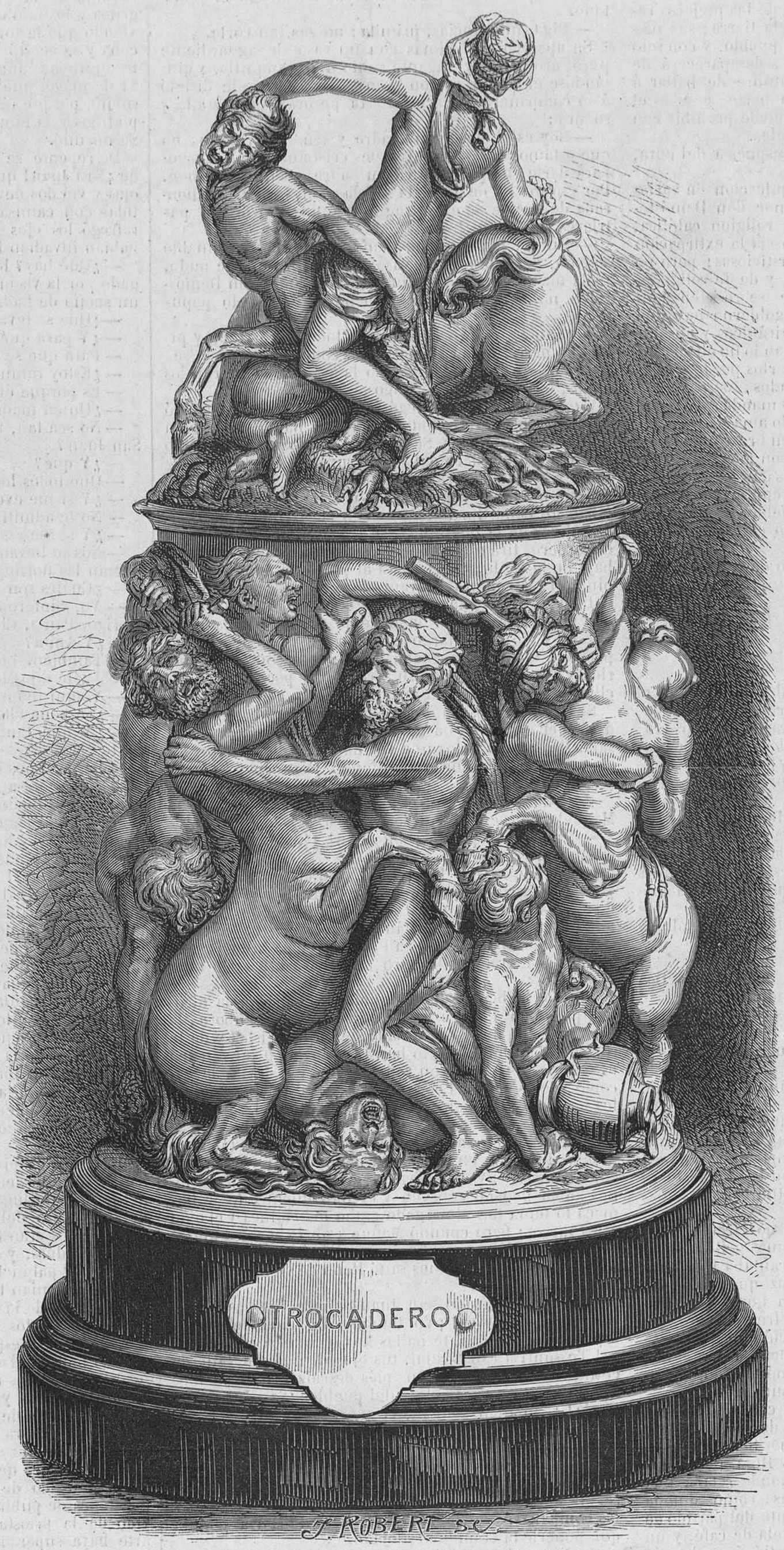
—¿Y qué?

—Que el cochambre reunido de todas esas mugrientas es capaz de emborrachar á los pescados en lugar de barbasco, y ha venido toda la recogida de los tadeistas á lavarse en el pozo del Limonal, que está dos cuadras arriba, á tiempo que nosotros nos estábamos lavando aquí, por vengarse de que les hemos echado por tierra al monarca de la parroquia.

—Ahora lo comprendo perfectamente, y comprendo tambien lo que puede el espíritu de partido en los bandos miserables de las aldeas. Comprendo lo que es la Víbora y lo que es toda esa chusma. ¡Oh! ¡La venganza mas inícua! ¡Tiene usted mucha razon, mi *sia* Patrocinio!

Se reunió toda la gente en un prado pequeñito, de espacio de veinte y cinco varas, alfombrado de grama, donde usaban tender la ropa las lavanderas, el cual estaba sombreado por un cámbulo y rodeado de bosque por todos lados. Allí sirvió el almuerzo doña Patrocinio, compuesto de una artesa llena de bollos de toda especie, una lechona muy bien asada, seis gallinas y muchos y buenos cocidos, á lo cual acompañaba la priosta, las correspondientes jícaras de chocolate desde el brasero inmediato, que estaba junto de una palma, agregando el pan y queso de ordenanza. A cada paso se repartia mistela y aguardiente, y á cada momento se victoreaba á San Juan Bautista. La música no cesaba un solo momento, y á veces se oia un armonioso duo de bambuco cantado por Marta y Manuela; aquel almuerzo era digno de los convites de los ministros extranjeros.

(*Se continuará.*)



El premio del Jockey-Club en las carreras del 25 de abril de 1869.

LAS

Carreras del bosque

DE BOULOGNE.

La caballeriza del conde de Lagrange se lleva todos los premios; lo menos que ha hecho hasta aquí ha sido ganar tres carreras, de seis que componen ordinariamente el programa de un dia.

A veces desdeña los premios de 2,000 francos; pero los de 10,000, 15,000 y 20,000 los recoge delicadamente. Las copas, jarrones y otros trofeos de las luchas del turf siguen la suerte de los grandes premios, y entran á formar parte de la galería del conde de Lagrange.

Así pues, el domingo último *Trocadero* ganó 10,000 francos, con mas una copa de igual valor, procedente de los talleres de M. Denière. Su compañero de caballeriza *Mortemer*, llegó segundo y recogió las entradas.

La copa cuyo dibujo damos aquí es de plata, sobre un pié de jaspe, y reproduce en mayor tamaño (45 centímetros de alto sobre 20 de ancho) un vaso de marfil del museo de Dresde, que se atribuye á Miguel Angel y que representa el combate de los Centauros y los Lápitas.

Quizás no seria supérfluo un certificado de autenticidad; pero este vaso es de todos modos una hermosa obra de arte, que cualquiera aceptaria gustoso si el conde de Lagrange le rehusara por un motivo de amor propio fácil de concebir. ¿Nadie ha pensado en el Jokey-Club que los hombres caballos fueron vencidos por los Lápitas?... ¿Y qué diria *Trocadero* si pudiera saber que el recuerdo de su victoria se perpetúa por medio de un monumento elevado á la memoria de sus semejantes... en el tiempo en que la Sociedad de fomento no existia aun?

Este premio de la Copa es cada año objeto de un concurso que ha sido fundado por el Jockey-Club. El concurso ha reunido este año cuarenta y seis competidores.

E. G.

Los Editores-propietarios responsables: X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografia de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte